

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

el hilo de Ariadna

joe mogar



La muchacha era rubia y de perfil encantador.

La vi entre Twelfth Street y Pine, justo en el semáforo que ahora estaba rojo para nosotros. Por casualidad, y sólo por eso, detuve mi coche a su altura y también, por casualidad, miré a mi derecha y como digo, la rubia se encontraba allí.

Confieso aquí, que nunca supe explicarme por qué justo en aquel momento se me ocurrió mirar la hora.

La esquina de Twelfth Street y Pine hacía rato que había quedado atrás cuando detuve el coche frente al bar de Phil Lassiter, descendí, crucé la acera, empujé la acristalada puerta de hojas movibles y entré yendo directamente a la barra.



Joe Mogar

El hilo de Ariadna

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1286

ePub r1.0

Lds 09.07.18

Título original: *El hilo de Ariadna*

Joe Mogar, 1975

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha era rubia y de perfil encantador.

La vi entre Twelfth Street y Pine, justo en el semáforo que ahora estaba rojo para nosotros. Por casualidad, y sólo por eso, detuve mi coche a su altura y también, por casualidad, miré a mi derecha y como digo, la rubia se encontraba allí.

Confieso aquí, que nunca supe explicarme por qué justo en aquel momento se me ocurrió mirar la hora.

La esquina de Twelfth Street y Pine hacía rato que había quedado atrás cuando detuve el coche frente al bar de Phil Lassiter, descendí, crucé la acera, empujé la acristalada puerta de hojas móviles y entré yendo directamente a la barra.

—Ponme un *whisky*, Phil —pedí sin preámbulo alguno, tomando uno de los altos taburetes y sentándome en él.

Me lo sirvió calladamente, hizo luego una mueca y espetó.

—Miss Warren ha telefoneado preguntando por usted, míster Nolan.

Tomé el vaso, bebí un poco y respondí:

—¿Qué quería?

—No me lo dijo, aunque supongo que saber si usted había llegado ya.

—¿Dejó algún recado para mí?

—No. Simplemente me preguntó por usted como ya le dije, dio las gracias tan pronto como le respondí que todavía no había llegado, y colgó —hizo una pausa y preguntó de buenas a primeras, con esa confianza que a pesar de no dársela nadie, se toma todo barman con el cliente que es asiduo al bar donde trabaja o donde es el dueño—: ¿Cuándo es la boda, míster Nolan?

Bebí ahora hasta mediar el vaso antes de responder.

—Confieso que no lo sé... ni tampoco si habrá o no boda. Aún no me pidió que me casara con ella.

—¿Que no le pidió que... que...? Pero yo creí que era el hombre el que...

—Eso puede que sea en tu tierra, Phil —repuse tranquilamente, llevándome el vaso por tercera vez a los labios.

Aboné pues lo consumido, di media vuelta y con un saludo que efectué con la mano di media vuelta y salí a la calle.

Tres minutos más tarde, dejando el coche frente a la puerta del bar, me encontraba en el interior del portal número 980 de la calle Spence, caminando hacia el ascensor, para dirigirme hacia el decimotercer piso donde tenía mis oficinas.

Entré, por el sencillo procedimiento de empujar la puerta.

Desde el otro lado de la mesa donde se encontraba sentada, Stella Warren me sonreía.

—Un poco tarde, ¿no? —dijo por todo saludo.

Me detuve en mi camino hacia mi despacho privado y pregunté:

—¿Algo nuevo?

Stella mostró sus iguales y blancos dientes en una sonrisa.

—No. Telefoné al bar para ver si había llegado, pero nada más. Fue... fue una tontería.

No respondí a aquello y continué mi camino. Al ir a cruzar el umbral, Stella dijo a mi espalda.

—Sabe, hay un revuelo de mil diablos en Pine, esquina a la Twelfth Street.

—Explica eso, ¿quieres? ¿Qué fue lo que ocurrió en Pine esquina...?

—Mataron a una muchacha. A una rubia —señaló el transistor de bolsillo que tenía a su lado, sobre la mesa, junto a la máquina de escribir—. Lo oí por ahí.

—¿Sí...? —dije—. ¿Y qué más?

—Iba en un «Monza». Uno de esos coches de importación que son..., son una maravilla para romperse la cabeza.

Sufrió una sacudida, pero creo que Stella no se dio cuenta del hecho.

Después consulté el reloj mientras ella respondía:

—Se había detenido, según parece, en el semáforo, que en aquel momento debería estar en rojo para ella y... Bueno, uno de los

guardias de circulación vio el coche detenido allí, sin moverse a pesar de que el paso estaba libre y como cosa lógica se acercó —vi que sus redondos hombros se estremecían—. La muchacha estaba muerta. Alguien, desde otro coche, le voló la cabeza de un tiro, posiblemente efectuado con una pistola provista de silenciador. La policía ha difundido un mensaje y dice que...

Hice un gesto con la mano y Stella se interrumpió:

—¿La identificaron? —pregunté.

—Por supuesto que sí, querido. Se llama Jane Blint, de veinte años, soltera... De los Blint de Independence Hall...

—¿Y qué hacía una muchacha sola en Pine, tan lejos de su casa?

—Ésa es una pregunta estúpida, Dick, y usted lo sabe.

Consulté el reloj antes de decir:

—Daria cualquier cosa por... poder ir a la Morgue, si es que la han llevado allí, para verla..., pero a los de Homicidios no les va a gustar si lo hago.

Stella arqueó una ceja y vi el asombro, la curiosidad y la sospecha en sus ojos.

—¿Qué quiere decir con esas palabras? ¿Acaso la conoce?

—Olvídalo, pequeña —respondí.

Y dando por terminada la conversación di media vuelta y ahora sí pude entrar en mi despacho.

Rodeé la mesa, me dejé caer en el sillón y abrí el cajón central de donde saqué la botella de *whisky*. Bebí un largo trago antes de consultar el reloj. Las trece horas cuarenta y seis minutos. Una hora... sesenta minutos que habían bastado para segar la vida de una mujer, y me pregunté por qué. Me pregunté asimismo quién lo hizo. Cualquiera de los ocupantes de también uno cualquiera de los coches que se detuvieron junto al «Monza» y junto al mío. Unos segundos más de espera al arrancar, y posiblemente hubiera visto al asesino, pero no lo hice, y... ahora ya era tarde para lamentaciones.

Incluso yo mismo hubiera podido matarla con absoluta tranquilidad, con o sin silenciador. El ruido de la calle, el de los motores de los coches... tuvieron sin lugar a dudas que ahogar el mido del disparo. Un «Monza» conducido por una mujer... que pudo o no ser ella..., pero que cabía en lo posible, pues sería indudablemente demasiada coincidencia encontrar dos en el interior de una misma marca de coche, y en uno de los semáforos

de Pine; concretamente en aquél.

Me hubiese gustado, como le dije a Stella, darme una vuelta por la Morgue y husmear un poco por allí, pero a John Merriman, teniente de Homicidios, como asimismo ya pensara, no le gustaría mi intromisión en aquello. Su nube de preguntas, el cómo y el porqué, sólo me producirían dolor de cabeza..., pero en mi fuero interno, y lo comprendía demasiado bien, había algo que me empujaba a hacerlo, a tratar de averiguar algo, metiéndome, también, una vez más, en algo que no me atañía.

La voz de Stella interrumpió repentinamente el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué es lo que le preocupa, Dick? —preguntó desde la puerta de acceso a mi despacho—. ¿Esa rubia del «Monza»?

—¿Qué te hace pensar en eso? —pregunté a mi vez.

—Dígame qué es, Dick. ¿La rubia?

—¿Por qué precisamente la rubia, Stella?

—¡Oh! Eso no soy yo quien debe decirlo sino usted, querido. Por lo tanto...

—Nos vamos a ir a comer por ahí —respondí interrumpiéndola—. Creo que es hora de abandonar este despacho.

La mueca de su boca, en su crispación, no me gustó.

Pero se puso en pie diciendo:

—De acuerdo, le espero fuera.

Salimos camino del ascensor muy juntos, pero no la toqué ni en el pasillo ni tampoco cuando nos encontramos en el interior del ascensor; ni en la calle; Stella estaba furiosa. Siempre ocurría aquello cuando estaba en vena de formular preguntas y por contraste yo lo estaba en no contestar a ninguna.

CAPÍTULO II

Stella rompió el silencio cuando luego de la comida, que hicimos casi en silencio, encendimos sendos cigarrillos.

—¿Puedo saber en qué está pensando, Dick?

—Nunca pienso, muchacha —respondí—. Me produce dolor de cabeza.

—No me sorprende —fue su consoladora respuesta—. Sólo los hombres inteligentes lo hacen.

—¿Y no es de persona inteligente pedirte que aunque sólo sea una vez, visites mi apartamento?

—Sí, debo confesarle —respondió con ojos y expresión regocijada—, que para eso sí tiene inteligencia. Demasiada, diría yo.

—¿Y...?

—No; desde luego no.

—¿Por qué?

—Creo que no me gustará.

—¿Sólo por ese motivo, o hay otro?

—Tampoco me gustaría —siguió como si no me hubiese oído—, entrar allí y encontrarme que su cama ya estaba ocupada por otra mujer.

Me puse en pie, decidido ya, consultando el reloj de pulsera.

Las tres de la tarde, minuto más o menos.

Caminé lentamente por la acera hacia el coche, sin decidirme a hacerle una nueva visita a Phil y la barra de su bar. Con un café, que había tomado en el pequeño restaurante, con Stella, después de la comida, era para mí más que suficiente.

No llegué en el primer intento, porque antes me interrumpió la voz callejera de un vendedor de periódicos.

—Extra... Extra... Asesinato en Twelfth Street y Pine... Asesinato en Twelfth Street... La policía detiene al asesino. Extra... Extra...

Hice una seña, compré uno de los diarios y con éste bajo el brazo entré en el coche. Lo desplegué sobre el volante, y los titulares en negro saltaron ante mis ojos.

La reseña, el artículo periodístico, terminaba diciendo:

«Ha sido detenido Harry St. James, amigo o prometido de *miss* Jane Blint, acusado de asesinato. Se sabe de fuentes de la policía que *miss* Blint y Harry St. James sostuvieron una discusión bastante acalorada, la pasada noche, en el Dorado, uno de los club nocturnos de Warwick Room, y que incluso *miss* Blint llegó a las manos. Al preguntarle al teniente de Homicidios Merriman, declaró que había pruebas más que suficientes para encarcelar a St. James y ponerle a continuación a disposición del fiscal acusado de asesinato en primer grado».

Era poco, muy poco, pensé. Casi nada. Merriman, si detuvo efectivamente a Harry St. James y posteriormente declaró aquello a los periodistas, tenía, indudablemente, entre sus manos, algo más, algo que no había dicho, que no especificó en sus declaraciones a la Prensa.

Doblé el periódico, lo guardé en mi bolsillo y puse el coche en marcha.

Empecé a conducir, por el momento sin rumbo fijo, sabiendo que por lo menos hasta cuatro horas más tarde, el Dorado no abriría sus puertas.

Salí de allí sin haberme podido enterar de cuál era la película que estaban proyectando, y de nuevo con el volante entre las manos retrocedí ahora, como impulsado por una extraña fuerza, hasta que tres cuartos de hora más tarde vi frente a mis ojos el semáforo de la Twelfth Street y Pine, y reduje un poco la velocidad para dar tiempo a que el disco, verde en aquel momento, se me pusiera en contra.

Luego me detuve, quizá en el mismo lugar en que me detuviera aquella mañana con las luces de los escaparates a ambos lados; las luces cambiantes de los anuncios luminosos, y los tubos neón alumbrando la calle, y la nube de peatones en ambas aceras yendo de un lado para otro.

Eran las once quince de la noche cuando entré, rodeando la circular y encerada pista de baile, por entre las mesas, en dirección a la barra. No tomé ninguno de los desocupados taburetes que allí había, sino que quedé en pie, apoyado contra el mismo y enfrentado al barman que se acercaba ya, con una pregunta en la boca y una mecánica sonrisa en los labios.

—¿Qué va a tomar...?

—Un *whisky* —le interrumpí.

Mientras me servía vi como sus ojos ágata se fijaban en el papel impreso, creí percibir un ligero temblor en la mano que sostenía el vaso.

—¿Les conoce? —pregunté.

—No.

Una respuesta demasiado rápida para mi gusto por lo que aduje:

—Aún no le he preguntado a quien debe conocer, ¿verdad?

Me miró de frente: sus ojos se habían helado.

—Perdone —dijo. Y su voz era fría—. Supuse que me hablaba de esas dos fotografías del periódico.

—Sí, así es —contesté—. ¿Les vio por aquí anoche?

—¿Periodista?

Dejé que lo creyera por unos instantes y respondí.

—¿Les vio?

Tomé el vaso mientras me miraba dubitativo, calculando posibilidades, y mirándole, observándole a mi vez, me dije que las tenía todas.

—Ando mal de memoria, amigo.

—Y yo también... si nos referimos a los dólares que pueda tener en el bolsillo. No soy un potentado, ¿sabe? —Bebí un poco notando que no se iba de mi lado a pesar de que como yo, había otros clientes en la barra—. Puedo subir, con un esfuerzo, a diez. ¿Si le conviene?

—Démelos cuando abone el *whisky*.

—¿Y...?

Solté el vaso y deposité el importe del *whisky*, todo en un billete de cien dólares.

El barman se me acercaba. Miró el billete, lo tomó, se apartó de mi lado y un poco después trajo el cambio, y supe, que efectivamente, se había quedado con diez dólares.

Fui a decir algo, pero me interrumpió en tono bajo de voz.

—Estuvieron, efectivamente, aquí, esos dos —dijo—. Y formaron un escándalo.

—¿Por qué?

—Eso es algo que no sé. Estaban sentados en una de aquellas mesas, tomando *whisky* él, y ella un Manhattan. Miss Blint siempre bebía eso.

—¿Y...?

—Bueno, empezaron a levantar la voz... sólo unos segundos. El tiempo en que *miss* Blint se puso en pie, tirando la silla al suelo para luego darle un par de bofetadas. Cuando quisimos damos cuenta, se había ido.

—¿Qué hizo entonces míster St. James?

—Tomó el vaso enfrentando a varias de las meseras, a un par de barman que se acercaban, dijo que no había pasado nada, que disculparan, volvió a sentarse y se puso a beber flemáticamente. Luego... Bueno, hoy hemos sabido lo de ese asesinato y...

—¿Cree que fue él quien la mató?

—Es lo que dice la Prensa y la policía, ¿no?

—Pero usted...

—No les conocía lo suficiente para poder opinar, plumífero, ¿comprende? Pero sí, pudo ser él. Es... uno de esos vagos con melenas. Un melenudo.

—Nada tengo en contra de los melenudos —dije tomando de nuevo el vaso. Hice una pausa e inquirí tras unos segundos de silencio—: Míster St. James, venía aquí solo con *miss* Blint, ¿o había alguna otra?

—Eso... no lo sé, ni me interesa. Yo... siempre le vi con ella.

Dio media vuelta y se alejó dejándome solo por lo que apuré el resto del licor, me guardé el cambio en el bolsillo y abandoné el club saliendo a la calle.

Sufrí un sobresalto, me serené luego, y finalmente pasé por su lado, periódico en mano donde estaba su fotografía, y una vez en la acera me encaminé hacia mi coche, subí, lo puse en marcha, y conduje como un sonámbulo hacia mi apartamento.

Me acosté, pero no pude conciliar el sueño en toda la noche.

No tuve necesidad de utilizar ascensor alguno ya que el edificio era de dos plantas.

Una magnífica cabaña de ladrillo rojo, con una cerca que la rodeaba, una enrejada puerta, cerrada a cal y canto, y detrás de la misma un camino asfaltado con tanta anchura como una autopista, y los árboles y plantas trepadoras rodeando la finca.

Detuve el coche cuando su motor rozó la verja de hierro, descendí buscando el botón del timbre, o cualquier cosa análoga para llamar. Era un blanco botón, y sin una sola vacilación hundí el pulgar sobre el mismo.

Esperé; uno, dos, tres, cuatro o cinco segundos, y entonces oí la voz, viniendo de algún lugar situado sobre mi cabeza.

—¿Sí...? ¿Quién es?

—Deseo ver a *mistress* Blint —respondí, sabiendo ya que era uno de esos especie de teléfonos que ahora se suelen poner en las puertas automáticas y modernas.

—¿Quién es usted?

Ahora sí vacilé.

—Me llamo Nolan —dije—. Mi nombre, como ve, no le dice nada.

—¿Qué desea?

Hice una mueca.

—Ya se lo dije. Hablar con *mistress* Blint. Es importante.

—Me temo que *mistress* Blint no pueda recibirle.

—¿Por qué no va y se lo pregunta?

—Es lo que voy a hacer.

Oí un chasquido y esperé, encendiendo un cigarrillo.

Fue muy poco, segundos nada más, y la misma voz, de mujer, preguntó:

—¿Aún se encuentra ahí, míster Nolan?

—Sí, así es. ¿Va a abrir la puerta?

—Puede marcharse. *Mistress* Blint no recibe a nadie.

De nuevo oí el chasquido y todo quedó en silencio. Es decir, todo no. Un coche acababa de detenerse detrás del mío. No lo oí, tal vez por distracción, o quizá porque el ruido del tráfico que asimismo rodaba a mi espalda me lo impidió.

Me volví; el «Monza» que viera el día antes, en Pine, esquina Twelfth Street se encontraba allí, y tras el volante la rubia de ojos

azules; una rubia que estaba bajando el cristal de la ventanilla lateral izquierda; la que daba a mi lado.

—Si tiene la bondad de apartar un poco su coche de ahí, me dejará entrar en mi casa —dijo.

Me acerqué lentamente sin tratar de ensayar ninguna de mis sonrisas.

—¿Miss Jane Blint? —pregunté.

Su bello rostro se ensombreció.

—No —repuso—, pero vivo en la casa. ¿Quiere hacer el favor de apartar un poco ese coche de ahí? Me estorba para pasar.

—Un momento, *miss*...

—Blint —me interrumpió—. Como ve, soy también miembro de esta respetable familia. ¿Me deja pasar?

—¿Quiero ver a *mistress* Blint? —dije batallando mis ideas en el interior de mi cerebro—. ¿Qué es lo que debo hacer para conseguirlo?

—Llamar a ese timbre —extendió el brazo en dirección a la puerta; sus manos iban enguantadas de blanco.

—Ya lo hice —repliqué.

—¿Sí...? ¿Y qué le dijeron?

—Que *mistress* Blint no recibía a nadie.

—Y es verdad. Y ahora, por favor, aparte el coche, ¿quiere?

—La vi a usted esta mañana, en el semáforo de Twelfth-Pine unos segundos antes de que la mataran en el interior de ese coche que conduce, querida —afirmé fríamente.

Y ocurrió lo que esperaba que ocurriese.

—Deme paso —pidió—, y luego sígame. Verá a *mistress* Blint, quienquiera que sea usted.

Entré en mi coche, maniobré mientras ella pulsaba el blanco botón de la puerta y una vez más esperé.

La oí hablar, confusamente, sin entender lo que decía, y luego, súbitamente, me enfrentó.

—Venga detrás —dijo, y entró en el «Monza» que arrancó a continuación.

CAPÍTULO III

El amplio porche era de mármol blanco, con seis columnas de mármol da color que sostenían el techo, una escalinata, también de mármol, haciendo aguas verdes blancas y azul claro, y lo que pudiera llamarse la barandilla, también de mármol.

Delante de mí, las fascinantes piernas de aquella muchacha que siendo Blint negaba no obstante llamarse Jane; una muchacha que fue asesinada hacía unas horas y que al cabo de aquéllas estaba hablando conmigo, y que en aquel momento llamaba a la puerta de la cabaña.

Le abrió una doncella, joven, de uniforme y con cofia.

Una doncella que fijó los ojos en mí, que trató de hablar, pero la rubia la interrumpió:

—Míster... Bueno, no sé su nombre aún, pero viene conmigo.

—Pero *miss* Blint, *mistress*...

—Viene conmigo, Margaret. Vamos, quítate de la puerta y déjanos pasar.

La doncella se excusó y cruzamos el umbral.

—¿Dónde está mi madre?

—En el *living-room*, *miss* Blint. Pero no sé si debo...

—Iré yo misma —cortó la muchacha, ladeando la cabeza para mirarme, y para añadir al mismo tiempo—: Venga conmigo, ¿quiere?

De unos cuarenta a cuarenta y tres años, *mistress*.

Leslie Blint parecía estar en la plenitud de su juventud. Ni una sola arruga en su rostro, ni una sombra bajo los ojos.

Fue a hablar, a decir algo, indudablemente a preguntar quién era yo, y en aquel momento la muchacha se adelantó a sus deseos.

—Viene conmigo... porque quiere hablar contigo, mamá —dijo

por todo saludo y explicación.

Mistress Blint tardó unos segundos en contestar.

—Míster Nolan, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, así es —dije.

Y una vez más, *miss* Blint interrumpió a su madre.

—Vio a Jane —afirmó—, por eso le ayudé a que...

Bueno, a que entrara en esta fortaleza.

El bello rostro de mujer que tenía delante palideció aún más, y bajo la seda de la bata de casa noté claramente como sus hombros se estremecían.

—Siéntese, míster Nolan —invitó con voz levemente alterada, y señalando uno de los sillones.

Lo hice, guardando silencio, en tanto que la muchacha era ahora la que nos miraba alternativamente. De los tres, fue ella, *mistress* Blint, la que rompió el silencio con una pregunta:

—¿Cuándo la vio?

—Ayer por la mañana —respondí sin mentir—. En el semáforo donde la mataron.

Y miré a la muchacha, a la mujer rubia que ahora quedaba a mi derecha, la cual desvió sus ojos de los míos.

—¿Es cierto eso?

—Sí, así es —repliqué.

Siguieron unos segundos de silencio.

—¿Dónde estaba usted?

—Dentro de un coche; el mío —dije—. Me detuve junto al «Monza» que conducía y... Bueno, miré por la ventanilla. Cualquier hombre mira a cualquier mujer cuando ésta le gusta, ¿no?

Sin responder a aquello, *mistress* Blint formuló una nueva pregunta:

—¿Y qué quiere usted?

—Hacer unas cuantas preguntas, si puedo.

Madre e hija se miraron alternativamente; fue la primera, por supuesto, la que siguió interrogando.

—¿Por qué? ¿Qué interés tiene en eso? Y sobre todo, ¿quién es usted?

Traté de sonreír pero no pude.

—Un hombre que cobra por hacer preguntas indiscretas, *mistress* Blint —repuse—. Me llamo Dick Nolan, y soy detective privado.

Por segunda vez, madre e hija se miraron; y ahora fue la hija la que contestó:

—¿Y qué espera ganar con esto? —preguntó—. Según creo, ni mi madre ni yo le contratamos para que metiera las narices en nuestras cosas.

—¡Laura!

—No espero ganar nada.

—¡Ah!, ¿no?

Miré a los ojos a *mistress* Blint.

—Por supuesto que no.

—En ese caso, puedo saber qué...

—Si se lo digo, sé que no me creería.

—Inténtelo, ¿quiere?

—Es... Bueno, *mistress* Blint, no sé cómo explicarlo, pero el hecho en sí persiste. Vi a su hija, posiblemente segundos antes de que fuese asesinada. Estuvimos tan cerca el uno del otro que con sólo sacar la mano por la ventanilla podía tocada. Luego el disco cambió, y... arranqué. Tal vez de haberme quedado unos segundos más, el hecho no hubiese ocurrido.

—¿Y eso, ese simple hecho, le da derecho a venir a importunarme con sus preguntas?

—No, desde luego no... y tenga en cuenta que aún no he formulado ninguna —me puse en pie y añadí—: Disculpe mi intromisión.

Fui a dar media vuelta pero ella no me dejó:

—No le he dicho aún que se marchara, Nolan. Vamos, no sea quisquilloso y siéntese —lanzó una fugaz mirada a Laura que continuaba con los ojos fijos en la pared, y añadió—: ¿Qué es lo que desea saber?

—Todo... con referencia a su hija... si puede decírmelo.

—Supuse que empezaría por ahí —afirmó fríamente.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Tenía... tenía un amigo y usted lo sabe; apuesto a que lo leyó en la Prensa.

—¿Y qué más?

—Detuvieron a ese muchacho, acusado del asesinato de mi hija y...

—¡El no lo hizo, mamá! Puedes estar segura de que él no fue.

La miré; tenía los ojos centelleantes fijos en los de su madre, y mirándola me vi en la necesidad de preguntar:

—¿Cómo está tan segura, *miss* Blint?

—Llámeme Laura, Nolan —repuso prontamente—. Y... Bueno, la verdad es que no estoy segura de nada, pero ese melena no lo hizo. No pudo hacerlo.

—¿Por qué?

—Si supiéramos eso, tal vez sabríamos, incluso, hasta el nombre del asesino de mi hermana.

La madre medió entonces en la conversación.

—No haga mucho caso a mi hija en lo que dice refiriéndose a St. James, *míster* Nolan. Laura siempre estuvo enamorada del hombre que por el contrario amaba a su hermana.

—Pero que...

No terminó; Laura se puso en pie, nos dio la espalda y sin volver la cabeza abandonó el *living-room*, y *mistress* Blint y yo quedamos solos.

—¿Decía usted...? —empecé.

—Nada... nada... Son... cosas de madre, que todo lo ve de distinto modo a como lo ven los demás.

—¿Y qué cosas son esas?

—Olvide lo que le dije. Esas palabras mías no conducen a nada.

—Volviendo a su hija Jane —dije tras unos segundos de silencio—: ¿Puede decirme qué causa dio motivo a que abofeteara a St. James en un club nocturno de la...!?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Jane era bastante reservada en sus cosas.

—¿Qué amistades tenía?

—¿Se refiere a hombres?

—Sí, también... ahora que usted lo menciona —contesté.

—Había varios, pero el preferido es... el... el que quizá llegó a matarla.

—De haberlo hecho así, ¿qué motivos pudo tener?

—¡No lo sé! —y su rostro y ojos expresaban un profundo desaliento—. No, no lo sé, y le estoy diciendo la verdad.

—Sería tan amable de confeccionarme una lista de...

—¿Qué clase de lista?

—La de sus amistades —dije fríamente—. Y al decir amistades,

me refiero tanto a las de su hija como a las suyas propias.

Me miró dudando, y los segundos empezaron a transcurrir, en silencio, largos y pesados, hasta que por fin se decidió.

—Espere un momento, míster Nolan —dijo—. Ahora mismo se la traeré.

No tardó en volver, un par o tres de minutos, llevando en la mano una cuartilla de papel color rosa, y un montón de billetes de cien dólares.

—La lista que me pidió. Como verá, Nolan —empezó—, es bien corta.

—Antes de irme —dije en respuesta a sus palabras—, querría hacerle una pregunta.

—¿Y bien...?

—¿Algún hombre más en la vida de su hija Jane?

—Una vez más —me replicó ella—, debo decirle que no lo sé. Jane era...

—Sí, ya me dijo eso antes —la interrumpí—. ¿Quiere darme la lista?

—Sí, claro —me tendió el papel y los billetes—. Eso es sólo a cuenta. Traiga a ese asesino y le daré... lo que me pida.

—¿Y si es míster St. James?

—Sólo recibirá esto que le doy ahora.

Introduce el papel en el bolsillo de la chaqueta, sin mirarle, y conté los billetes. Tres mil dólares. Era un buen pellizco, pero lentamente, con deliberada lentitud, con estudiada lentitud, los deposité sobre la mesita que había a mi lado, y que hacía juego con los sillones y el sofá.

—No voy a cobrar ni un solo centavo por esto —dije—. Al entrar aquí, quedó ya dilucidada esta cuestión.

Con el asombro brillando en sus ojos, incrédula, *mistress* Leslie Blint me asaeteó con la mirada.

—¿Puedo saber por qué? —inquirió—. Sí, claro —añadió dándose ella misma la respuesta a su propia pregunta—. Usted conocía a Jane. Es así, ¿verdad?

Negué con la cabeza yendo ya hacia la puerta.

—Buenos días, *mistress* Blint —dije un segundo antes de abrir la puerta—. Siento haberla conocido en estas circunstancias.

No me respondió; o por lo menos yo no oí su respuesta, tal vez

porque ya estaba yendo hacia la puerta de salida que abrí sin que doncella alguna viniera en mi ayuda o simplemente para acompañarme.

Salí.

Junto a mi coche, con un cigarrillo humeando en su mano derecha, vi a Laura Blint, a su hermosa cabellera rubia, y un poco más cerca ya, sus ojos azules, fríos e inexpresivos; tan fríos e inexpresivos como lo estaba su bello rostro de muñeca de bazar.

—¿Me lleva, Nolan? —preguntó.

Miré el «Monza» que continuaba junto al porche, muy cerca del mío, y Laura añadió, adivinando mis pensamientos:

—Venía de la Morgue cuando... cuando le vi a usted en la puerta de entrada, y también de recoger este coche que es... que era el de Jane.

—Gemelas, ¿verdad?

Me sonrió por primera vez desde que la conocía, y tenía una bonita sonrisa, palabra.

—En eso se equivoca —contestó—. Soy dos años mayor que Jane... Que era Jane, pero el parecido entre nosotras era asombroso. Todos, cuando nos veían juntas, pensaban lo mismo que ha pensado usted. ¿Nos vamos?

Mediábamos el camino cuando ella añadió, como si estuviera obsesionada por una idea fija:

—Vi... vi su cuerpo en ese cajón de plomo y... y... van a hacerle la autopsia. Es... —Se estremeció—... es horrible todo esto, Nolan.

—¿Quién la mató? —pregunté bruscamente—. ¿Lo sabe usted?

Negó con un leve movimiento de cabeza antes de decir:

—No, ni mucho menos. Pudo hacerlo St. James... como opina la policía, pero estoy segura de que no fue así —me lanzó una fugaz mirada, clavó los ojos de nuevo en la calle y continuó—: Si quiere, puedo hacer que le den un pase para que le visite en la cárcel.

—No, por el momento no...

—¿Es que no va a continuar con este caso? —preguntó—. Creí... creí que había convencido a mi madre. Dígame, Nolan, ¿cuántos dólares le sacó?

Tardé varios segundos en contestar.

—No creo que le importe mucho, *miss* Blint —dije—, pero aun así, voy a responder a su pregunta: Ninguno, aunque usted no lo

entienda.

—¿Sí...? Bueno, eso quiere decir... Pero, claro, ¿cómo no lo pensé antes? ¿Dónde conoció a mi hermana? Vamos, responda, ¿dónde?

—Si le dijera eso, querida —repuse suavemente—, no me creería.

—¿No...?

—Por supuesto que no.

—¿Cómo está tan seguro?

No respondí, por lo que ella guardó también silencio, y de este modo alcanzamos el centro de la ciudad.

Fue en aquel preciso instante el momento que Laura escogió para decir:

—Si le viene de paso, ¿puede dejarme en Sanson?

—¿En qué número?

—En ninguno —dijo ante mi sorpresa—. Simplemente, con que detenga el coche junto a una cabina telefónica, para mí será suficiente. Tengo que efectuar una llamada.

Vi la cabina casi al principio de la calle y acerqué el coche al bordillo de la acera. Antes de detenerlo del todo, Laura ya había abierto la portezuela, disponiéndose a bajar.

—Espere... —pedí.

Se detuvo ladeando la bella cabeza para mirarme.

—¿Sí...? —inquirió.

—Dígame una cosa, Laura —dije—, además de míster St. James, ¿qué otras amistades masculinas tenía su hermana?

—Posiblemente las mismas que yo, Nolan —replicó.

—No es eso lo que le quiero decir, muchacha, y usted lo sabe.

—Sí, así es, pero es la única respuesta que puedo darle a usted.

Saltó fuera del coche, y sin un solo ademán de despedida la vi encaminarse a la cabina y entrar en ella. Entonces arranqué, alejándome de allí.

CAPÍTULO IV

Detuvo el coche en Goergetown, en el distrito de Columbia, y busqué el número indicado en la lista que *mistress* Blint me diera.

Diez minutos más tarde me encontraba en presencia de Elmer Blummer, director de la empresa

Blummer & Blummer

de Filadelfia, Importación y Exportación.

—Míster Nolan —anunció la secretaria.

No contestó, tampoco cambió de postura, por lo que la mujer que me precediera hasta allí, hizo una mueca, me saludó con una leve inclinación de cabeza y me dejó solo.

Miré a Blummer; no se movía, tampoco decía nada, por lo que me acerqué a uno de los sillones y sin perderle de vista me senté. Apenas si lo hube hecho, siempre dándome la espalda, preguntó:

—¿Puedo saber qué es lo que quiere?

—Creí que ya lo sabría —indiqué.

—¿Saberlo...? No, no es ésa la respuesta exacta, Nolan, aunque sí lo sospecho —se volvió a mirarme añadiendo—: Supongo que es por lo de Harry St. James, ¿no?

—Sí, así es. La policía cree que él mató a *miss* Jane Blint, de los Blint...

—Sé quién es o quién era *miss* Blint, pesquisa —me interrumpió—. Ahora, lo que no sé, es por qué diablos se ha metido en esto, sabiendo que es un caso que lleva la policía. Dígame, ¿cuánto le pagó la vieja Blint para que interviniera usted?

Hice una mueca de desagradado y respondí:

—Eso es algo que no le importa a usted, míster Blummer —y disparé la pregunta sin transición alguna—: ¿Dónde se encontraba usted cuando la mataron?

Su carcajada me interrumpió.

—La policía —dijo cuándo el exceso de hilaridad le dejó hacerlo —, ya tiene al asesino.

—No estoy yo tan seguro de eso. ¿Dónde, míster Blummer? —repetí.

Se me acercó con las manos en la espalda, y los ojos completamente helados.

—Aquí —replicó—, en mi despacho, y mi secretaria puede atestiguar eso. Es... algo que tampoco le importa a usted, puesto que ya respondí a los de Homicidios, pero se lo digo para que no se rompa más la cabeza buscando por este lado.

—¿Qué tal persona era St. James? —pregunté.

—Cumplía aquí con su trabajo. Incluso diría que se excedía a veces en ese cumplimiento, a pesar de sus melenas.

—Nada tengo en contra de las melenas de nadie —respondí, exactamente como ya respondiera en otra ocasión.

—Ni yo tampoco... o no trabajaría en esta empresa.

—¿Qué relaciones le unían a *miss* Jane Blint?

—Eran amigos... puede que amantes... o puede que también prometidos. No lo sé con seguridad, ni tampoco me importa; no suelo meterme en la vida privada de los demás.

Hice una pausa, dudé unos segundos y pregunté:

—¿Conocía a *Miss* Blint?

—¿A Jane? Sí, y creo... creo que ya se lo dije.

—¿La conocía bien?

Hubo un leve temblor en una de sus cejas, muy leve, y respondió:

—Sí, bastante bien. Ella se movía en el mismo círculo que nosotros.

—Al decir nosotros, míster Blummer, ¿a quién se refiere usted?

—A Nora, entre otras personas. Y Nora es mi esposa.

No tuve nada que objetar a aquello por lo que continué:

—Jane Blint, ¿qué amigos tenía, además de míster St. James?

—No me gusta hablar mal de los muertos, pero la pequeña Blint era una zorra, y el propio St. James lo sabía.

Aquello me sorprendió, y más viniendo de la boca de un hombre como Blummer.

—Acláreme eso, ¿quiere?

—Nada tengo que añadir... pero le aconsejo que hable con St. James. Póngase en contacto con los de Homicidios, si tanto interés tiene en esto, y pida que le dejen ver al chico. Puede que él le cuente algunas historias.

Le miré pensativamente antes de decir:

—Puede que lo haga. Y ahora...

Estaba pulsando el blanco botón que había a su derecha, sobre el tablero de la mesa, cuando me interrumpió:

—Ahora, Nolan —dijo—, la conversación ha terminado por esta mañana. Y siga mi consejo, hable con los de Homicidios.

De nuevo en la calle, hacia una de las cabinas telefónicas.

La señal de llamada repiqueteó al otro lado por espacio de varios segundos y finalmente oí su voz.

—Agencia de...

—Soy Nolan, Stella —corté—. ¿Algo nuevo por ahí?

Contuvo la respiración unos instantes.

—Vamos, Stella —dije—. ¿Qué es lo que ocurre?

Siguieron varios segundos más de silencio y al fin respondió:

—Los de Homicidios le están buscando.

Hice una mueca.

—¿Sí...? —pregunté—. ¿Puedo saber para qué?

—El teniente John Merriman quiere verle. Me dijo que si se ponía en contacto conmigo se lo dijera.

—¿Para qué?

—No especificó el motivo ni yo le pregunté. ¡Ah!, y es urgente.

—De acuerdo, pequeña —respondí—, si vuelve por ahí, dile que no me has visto, ni te he telefoneado.

Descendí del coche y entré en el bar.

Entonces la vi.

Sentada en uno de los taburetes, en la barra, con un Manhattan frente a sí misma, con la minifalda casi por la cintura mostrando a la clientela y a mí sus largas piernas de ensueño; el pelo negro, cayéndole sobre los hombros, redondos y semidesnudos, en cáscara de ébano, y mirándola, mientras me acercaba, me dije que aquella mujer ejercía en mí la misma fascinación, que siempre ejerciera, que un par de años atrás ejerciera cuando nos tropezamos por primera vez.

—Hola, Sherry —dije, tomando ya uno de los taburetes, y

sentándome a su lado.

—Hola, Dick —su voz suave, de cálidas inflexiones, puso deseos en mí; y me ofreció los labios.

La besé suavemente, deseando estrecharla entre mis brazos. Era asombroso, pero siempre que la veía, siempre que estaba a su lado, me ocurría aquello, y estoy seguro de que ella tenía plena conciencia de ello.

Al separarnos, en tanto Phil se nos acercaba, preguntó:

—¿En qué lío te has metido esta vez, querido?

—¿Qué va a tomar, míster Nolan?

Contesté a la pregunta de Phil:

—Un *whisky* —y a la de ella cuando éste se alejó—: No entiendo muy bien tu pregunta, Sherry.

—¿No...? Entonces, ¿quieres explicarme por qué te busca ese teniente de Homicidios?

—No tengo ni la menor idea... aún.

—¿Qué significa ése aún, Dick?

—Bueno —dije suavemente—, tal vez algún día sienta la idea de asesinarte a ti, querida. Si lo consigo, no dudo que al primero que buscará el teniente Merriman será a mí.

Sonreía al responder:

—No creo que te costara mucho trabajo llegar a esa decisión —respondió con no menos suavidad que la mía—, pero también estoy segura de que aún tardarás en hacerlo.

Tomé el vaso que en aquel momento Phil depositaba en el mostrador frente a mí, y al terminar de beber inquirí:

—¿A qué has venido?

—¡Oh! —Estaba regocijada—. Sentí necesidad de ver —te... pero si estás muy ocupado... como otras veces...

Sin desear continuar con aquella conversación, sabiendo que no iba a conducir a nada práctico, repetí:

—¿A qué has venido, Sherry?

—Simplemente, y te hablo en serio, quería saber por mí misma cómo te encontrabas. Entré en este bar y me tropecé con Merriman.

—¿Y...?

—¡Oh! Me preguntó si aún estaba enamorada de un tipo como tú.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y qué le dijiste?

—Que no le importaba ni poco ni mucho: que mis cosas eran sólo mías, personales, ¿entiendes? Fui a mandarle al cuerno cuando me preguntó si sabía en qué estabas trabajando ahora.

—¿Y bien...? —apremié al ver que más regocijada que nunca se detenía.

—¿Qué quieres que le contestara, Dick? Sencillamente que hacía varios meses que no pasábamos la noche juntos y que por lo tanto, nada sabía de ti. Tampoco lo deseaba.

—¿No...?

—Por supuesto que no, cielo —me repuso ella sin perder su burlona calma—. Y... y volviendo a ese teniente, suplicó que te dijera, si te veía, claro, que antes de seguir adelante con cualquier asunto que llevaras entre manos... ¡fíjate bien que dijo con cualquier!, que te presentaras a él. Es urgente. Al parecer, querido, alguien ha puesto una denuncia contra ti en su precinto.

Bebí hasta terminar con el licor antes de formular mi siguiente pregunta:

—¿Qué clase de denuncia?

—No me lo dijo. Por lo menos, Dick, no con claridad, pero parece ser que estuviste molestando a cierta dama... y a ella no le gusta. ¡Querido mío, tu afición por las prendas de nylon van a meterte en un lío!

—¡Algo así como las tuyas, Sherry! —inquirí.

—No; ¡claro que no! Me refiero a ciertas damas... Anda, sigue mi consejo y ve a ver al teniente Merriman.

Recordé a Stella, sus palabras, y mirándome en sus ojos pregunté:

—¿Vas a venir conmigo?

—No. No me gusta la policía, querido. Por eso me aparté de ti. ¿O es que ya no recuerdas?

Sin responder a sus palabras me bajé del taburete, me acerqué, y consciente de lo que iba a hacer, Sherry me ofreció los labios que besé suavemente.

—Hasta la vista, pequeña —dije unos segundos antes de dar media vuelta para encaminarme hacia la calle.

No me respondió.

CAPÍTULO V

—Entre, Nolan, el teniente le está esperando.

Tomé asiento sin pronunciar palabra sabiendo como sabía, que también Merriman, era hombre que iba derecho al grano, sin preámbulo alguno.

Lo hizo así.

—¿Qué asunto llevas ahora entre manos, Dick?

No vacilé tampoco en responder.

—Según cómo se mire —dije.

—¿Y cómo lo miras tú? —preguntó.

—Bueno, apuesto a que te refieres a la familia Blint, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Y...?

—*Miss* Laura Blint formuló una queja por teléfono, ¿comprendes?

—No.

Levantó levemente una de sus cejas en señal de sorpresa.

—Dijo que habías estado molestando a *mistress* Blint, su madre. ¿Lo comprendes ahora?

—No —insistí—, y te diré por qué. Fui a ver a *mistress* Blint, desde luego, y le hice unas preguntas sobre su hija Jane. Eso es todo.

Siguió una pausa que Merriman rompió bruscamente.

—¿Cuánto le sacaste a la vieja... además de la información?

Sin poderlo evitar, una sonrisa floreció en mis labios.

—Nada —afirmé—. Absolutamente nada. En este caso, no voy a cobrar un solo centavo.

—¡Sorprendente! ¿Puedo creerlo? ¿Puede saber por qué?

—El que lo creas o no, teniente —dije—, no importa por el

momento. Respecto a lo otro, te diré que vi a la muchacha segundos antes de que la asesinaran.

—Explícame eso, Dick.

—En el semáforo de la Twelfth Street y Pine —repetí una vez más en el transcurso de unas horas—. Llevaba un «Monza», convertible... —continué explicándome, y terminé diciendo—: Eso es todo, teniente.

—Siendo así, ¿por qué has metido las narices en esto?

Encogí burdamente los hombros.

—No lo sé —respondí—, puede... puede que me sienta un poco responsable de esa muerte.

—¿Sí...? —se interesó—. ¿Por qué?

—Quizá por arrancar de allí demasiado pronto. Unos segundos más tarde y puede... puede que no hubiese muerto.

—Eso es una tontería, Dick —me miró suspicaz y añadió—: ¿Me estás diciendo la verdad?

—Sí, así es —contesté sin perder la calma, y disparé la petición sin transición alguna—: Dime, ¿qué sabes tú de todo esto?

Antes de contestar, Merriman se dejó caer en uno de los sillones, frente a mí, cabalgó una pierna sobre la otra y repuso:

—Muy poco... y lo poco... lo que tú me has dicho, salvo que detuvimos a un tal St. James...

—Sé todo eso —le interrumpí—. ¿Por qué?

—Miss Blint, según tengo entendido... no era una muchacha... corriente, ¿sabes? Esto por llamarlo de cualquier modo. Era la amante de ése... St. James... y posiblemente de algún otro —hizo una pausa y dejó caer las palabras siguientes una a una, con deliberada lentitud—. Cuando la asesinaron, Dick, estaba embarazada de tres meses. O sea; iba a tener un hijo, y St. James no lo sabía, según dice, aunque mi departamento y el fiscal del distrito opinamos lo contrario. El chico ese... pudo muy bien saberlo, y saber también que el hijo no era suyo... y por eso la mató. Crimen pasional, si quieres llamarlo así. Ciertamente hay otra posibilidad...

—¿Y es...?

—Que él sea el padre, efectivamente... y por una causa que aún no sé, no deseaba ni esa paternidad, ni a la mujer que durante meses pasaba en su compañía la mayor parte de las noches... hasta llegar a ese estado. Es un buen motivo para matar, ¿no?

Lo era desde luego, visto de aquel modo, pero no se lo dije, simplemente me limité a formular una pregunta más:

—¿Y sólo con eso vas a acusarle delante de un tribunal? Cualquier abogado por mediocre que sea...

Su rostro se contrajo y me interrumpió:

—No voy a hacer nada de eso, Dick. Voy a soltarle dentro de unas horas... y... trataré de vigilarlo en lo que pueda.

—¿Dónde estuvo durante el tiempo en que mataron a *miss* Blint?

—No lo sabe a ciencia cierta... lo que también está en su contra. Dijo que paseando por ahí, completamente solo. Sea como fuere, no puedo retenerle por más tiempo sin una acusación concreta y... no la tengo... aunque para mí es el sospechoso ideal.

Dudé unos segundos antes de formular la petición que en realidad deseaba hacerle desde el mismo momento en que entré en el precinto:

—Dame un pase para verle, ¿quieres? —dije.

La expresión de sus ojos se volvió suspicaz.

—¿Qué sabes tú que yo no sepa, Dick? ¿Qué es lo que guardas en...?

Me puse en pie, interrumpiéndole.

—Nada, polizante —dije—. Absolutamente nada más de lo que ya te he dicho. Pero ¿es que no te das cuenta de que deseo ayudarte?

—¿De verdad...?

Me costó trabajo convencerle, pero al final me vi en la calle.

—¡Eh, St. James!, tienes visita.

Apenas di dos pasos cuando a mi espalda oí el ruido de los cerrojos y me estremecí involuntariamente, cuando ya el melenas St. James estaba diciendo:

—De acuerdo, pregunte, viejo. Le responderé... suponiendo que me de la gana.

—Se trata de *miss* Blint.

—¿Qué tiene usted que ver con ella?

—¿Por qué tenía que ver algo? —pregunté a mi vez.

—¡Oh! Jane siempre tenía que ver con un hombre u otro.

—¿Sabía que estaba embarazada cuando la mataron?

Su rostro no se alteró.

—La policía me lo dijo... y no les creí.

—Y ahora...

—Bueno, me pregunto qué motivos tenía para engañarme con una cosa como ésa y... y... apuesto lo que quiera a que yo no era el padre.

—¿Cómo está tan seguro?

—Usted es uno de esos tipos listos que todo lo saben, ¿no?

—Conteste, St. James, ¿cómo está tan seguro...?

Se puso en pie, fue hacia la puerta, y ya no pude hacer nada más pues en aquel momento se puso a gritar llamando a los dos policías.

—¡Sacarle de aquí! —pidió al verles—. Vamos, ¡fuera! Quiero estar solo.

No hice nada, no traté siquiera de convencerle para que continuara escuchándome. Esperé a que me abrieran la puerta, y diez minutos más tarde me encontraba de nuevo en la calle.

Estaba cayendo la noche cuando empecé a conducir.

Hasta que detuve el coche en la puerta de un *snack-bar* donde entré, yendo directamente hacia la barra. Pedí un bocadillo de jamón y una lata de cerveza y una vez me lo hubieron servido saqué la nota que *mistress* Blint me diera y la leí una vez más.

Simplemente que ella estaba allí; no lo esperaba, pero Laura Blint, a pesar del asesinato de su hermana, no hacía muchas horas, se encontraba en el club, en una de las mesas, cerca de la circular y encerada pista, acompañada de dos mujeres y un hombre; de dos mujeres y un hombre a los que yo no conocía, pero no obstante tuve el presentimiento de que sabía de quienes se trataba, o por lo menos la sospecha de que era así.

Estuve observándoles unos segundos y finalmente continué mi camino hacia el lugar indicado anteriormente.

—¿Qué le sirvo?

Miré el rostro agraciado de la muchacha que me sonreía mecánicamente desde el otro lado de la barra.

—*Whisky* —dije—, sin soda.

Me lo trajo segundos más tarde y empecé a beber lentamente, paladeándolo. Mediaba el licor cuando Laura preguntó a mi espalda:

—¿Me buscaba a mí, Nolan?

Ladeé el rostro para mirarla.

—No —respondí un tanto secamente—. Vine aquí como pude ir

a otro sitio.

Dudó unos segundos antes de contestar.

Cuando lo hizo, sus ojos estaban brillantes y su voz se había vuelto cálida.

—Sé que está molesto por lo de la bofia, ¿verdad? Bueno, ¿serviría de algo si le pidiera perdón? Creo... creí que... que le había sacado un montón de dólares a mi madre y...

—Olvidelo, Laura —corté tanto o más secamente que la vez anterior—. El recordarlo no conduce a nada. Siguió una pausa que ella rompió.

—Vine con Nora Blummer y aquí nos encontramos con *mistress* y *míster* Templer.

—¿Bill Templer y Nelly Templer? —inquirí.

—¡No me diga que les conoce, Nolan!

—No lo he dicho —respondí.

—¿No...? Bueno, venga, que se los presentaré.

Se me colgó del brazo y tiró de mí.

CAPÍTULO VI

Nora Blummer era una belleza; una clásica belleza pelirroja, y muy joven ya que su edad oscilaría entre los veintitrés a los veintisiete años. Nelly Templar era la contrapartida. Pelo color caoba, de estatura normal y llenita de carnes. Sus ojos melados parecían mirar asustados a todas partes.

Bill Templar era, en el peor de los sentidos, un capitoste; un hombre acostumbrado a codearse con la más alta sociedad de Filadelfia, y hombre también, acostumbrado a mirar a los demás por encima de su hombro.

Llevaba barba que le cubría buena parte del rostro, sus ojos eran negros y fríos, calculadores. Alto y delgado pero fuerte, y de unos treinta a treinta y tres años de edad.

De los tres, fue el único que no sonrió correspondiendo a mi saludo, y también el único que preguntó, con los ojos fijos en el bello rostro de Laura Blint:

—¿Has dicho que se llamaba Nolan? Dick Nolan, ¿verdad?

Había sorpresa en su expresión al responder:

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Usted es... uno de esos tipos que van sacando por ahí los trapos sucios de los demás, ¿no?

Forcé una sonrisa.

—Si la gente no hiciera nada sucio, míster Templar —respondí—, creo que tampoco habría tipos como yo que removieran la basura.

—Pero esa...

Le interrumpí con una pregunta brutal.

—¿Dónde estaba usted, míster Templar, cuando mataron a *miss* Jane Blint? ¿Me lo quiere decir?

Fue a ponerse en pie, pero su mujer le interrumpió, y noté que a pesar de lo poca cosa que parecía, su voz era incisiva cuando lo hizo.

—Estáte quieto, Bill, o empezaremos a llamar la atención. Por otra parte, míster Nolan lleva razón. Tú empezaste primero y él no hace nada más que defenderse —volvió el rostro hacia mí y continuó—: Discúlpele, pero mi marido hace unos días que está completamente insoportable... Y ahora debo decirle que ya declaramos eso a la policía.

—Pero no a mí, *mistress* Templer —aduje—. ¿Por qué no me responde?

—¿Y por qué no? No es ningún secreto. Mi esposo se encontraba en...

—Donde a usted no le importa, Nolan —interrumpió él—. No suelo hablar con ningún hijo de perra por lo que...

En aquel momento, Nora Blummer se puso en pie, y su semblante, bello en demasía, estaba un tanto descompuesto cuandoladeó la altiva cabeza y me miró.

—Creo, míster Nolan, que siento unas horribles ganas de bailar. ¿Por qué no es un buen muchacho y ahora que no está aquí mi marido, me toma en sus brazos y me lleva a la pista?

—De acuerdo —dije tras unos segundos de duda—, vamos.

—Sáqueme de aquí, Nolan —dijo.

La miré un tanto sorprendido.

—Usted dijo que había venido con *miss* Blint, y apuesto a que se sentirá molesta si la deja sola.

Su sonrisa se amplió un tanto, y la expresión de sus ojos se hizo decididamente burlona.

—Laura apenas si notará mi ausencia. Apuesto a que... no tardará mucho en tener compañía. Por otra parte, el matrimonio Templer está con ella. ¿Nos vamos?

—¿Dónde? —quise saber—. Si es que a usted no la esperan.

—¿Esperarme...? No, esta noche no. Iba a pasarla en compañía de Laura. ¿Nos vamos, Nolan?

—¿Dónde? —repetí.

—Por ahí —sonrió una vez más—. Sé de un lugar agradable... y más divertido que esto. Aquí se muere una. ¡Fíjese!, esto parece un funeral.

Subimos a mi coche, yo al volante.

Empezamos a rodar en silencio, que duró varios minutos, que corté con una pregunta:

—Aún no me ha dicho dónde vamos, *mistress* Blummer —dije—. ¿Dónde...?

—Tome la carretera estatal número ocho, querido —me respondió—. Hay una *boite* en la milla dieciséis. Empezaremos a divertirnos allí. Y llámeme Nora, por favor.

Sesenta o setenta minutos más tarde entramos en la *boite*. Las luces, por descontado, eran azules y rojas; la suave oscuridad reinante invitaba a las caricias, a las confidencias... pero no nos hicimos ninguna, hablando de lo segundo, claro, durante el rato que estuvimos allí, entre copa y copa, entre baile y baile, hasta que al filo de la madrugada, Nora repitió entonces lo que ya me dijera en el club nocturno de Filadelfia.

—Sáqueme de aquí, Nolan.

La llevé del brazo hasta mi coche y subimos.

Cerró los ojos tan pronto como se encontró sentada a mi lado, recostando la bella y desnuda espalda contra el asiento.

—¿Nos vamos? —pregunté, más que por nada por romper el silencio que ya duraba unos cuantos minutos entre los dos.

—Sí, claro —me respondió—, cuando usted quiera.

—¿Sabe una cosa, Dick? —Y noté qué me llamaba por mi nombre, por primera vez en toda la noche.

—¡No! —respondí—, si usted no me lo dice.

—Sencillamente que estoy cansada.

—¿Y...?

—A menos de una milla de aquí —y ahora sí tenía los ojos abiertos a pesar de que no cambió de postura, fijos en la carretera que se veía por encima del motor del coche, alumbrada por los faros— hay un motel. Podemos pasar la noche allí Es decir, lo que queda de noche.

* * *

Todavía asida a mí, con tanta fuerza que casi impedía moverme, Nora rompió el silencio con una pregunta:

—¿En qué piensas, Dick?

Alargué la mano, haciendo una mueca, mientras que se apartaba de mis brazos y encendí la luz de lamparilla de la mesita de noche.

—En todo esto —dije, encendiendo un cigarrillo.

Nora fijó sus grandes ojos en el techo.

—¿Y qué es todo esto? —quiso saber—. ¿Tú y yo?

—No, no es eso, aunque podría serlo, ¿no? Estaba pensando en este laberinto...

—¿Minos?

Arqueé una ceja mientras que se sentaba.

—¿Quién es Minos? —pregunté a mi vez, no porque no supiera a lo que sé refería, sino porque no sabía adónde quería ir a parar.

—Minos y el Minotauro, querido.

Y se envolvió en una nube de humo.

—Sigue, pequeña —alenté, no sabiendo ahora si se me burlaba o no.

—Minos era un rey, ¿sabes? Un rey muy famoso que vivió en... Bueno, eso no importa ahora. Tenía también una hija; la danzarina Ariadna, o Ariana, según prefieras. Y un laberinto.

—¡Eh...!

—Construyó un laberinto y allí encerró al Minotauro. Y tenía que ofrecerle sacrificios.

—¿Y...?

—Había otro tipo, ¿comprendes? Un tipo llamado Teseo, que se enamoró de Ariadna, además de desear matar al Minotauro.

—Es interesante —dije—, y qué más. ¿Logró su...?

—Por supuesto que sí, querido. Teseo entró en el laberinto y dio muerte al Minotauro, y se casó luego con Ariadna.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio y formulé una pregunta:

—¿Y qué tiene que ver toda esta mitología con el asesinato de...?

Me interrumpió una vez más:

—Dentro del laberinto, Teseo jamás hubiese podido encontrar la salida de no ser por Ariadna, ¿comprendes? Ella le dio un ovillo de hilo y Teseo fue dejando caer el hilo por el suelo a medida que se adentraba en el laberinto y luego, para salir, sólo tuvo que seguir la hebra a la inversa. ¿Vas comprendiendo?

—No, aún no.

Fumó en silencio unos segundos y respondió:

—Pues eres majadero, Dick. Busca ese hilo. Busca a Ariadna y que ella... te de la madeja. Puede que ese hilo, lo mismo que a Teseo, te conduzca a ti también fuera de ese laberinto en el cual te encuentras en este momento.

—Sí, puede ser —reconocí pensativamente—. ¿Eres tú acaso Ariadna, querida?

—Podría serlo. El símil es... casi perfecto. Estamos juntos esta noche... y mañana nos habremos separado tal vez para siempre. Teseo también abandonó a Ariadna cuando estaba dormida, para embarcarse con sus amigos. Por otra parte, ese hilo, esa madeja, también puede tenerlo Laura Blint. O el matrimonio Templer.

—¿Por cuál te inclinas tú, mi querida Ariadna? —pregunté.

Sonrió, inclinándose un tanto sobre mí.

—Laura Blint —dijo—. Ella puede ser la Ariadna de la mitología.

—¿Y yo...?

—Tú... tú puedes ser el Minotauro. Era un tipo igual de feo. Con la cabeza de hombre y el cuerpo de toro. Horrible y hermoso a la vez.

Se inclinó un poco más, y sin una sola palabra, caímos de nuevo el uno en los brazos del otro.

* * *

El continuar con aquellas relaciones no conducía a ninguna parte. Ésa fue otra de las cosas en las que pensamos ambos sin consultarnos, sin pronunciar palabra.

Ariadna, el hilo de la madeja... Laura, Stella y por último, que por paradoja para mí fue y era lo primero, en Sherry. Era Ariadna, pero en contra de aquélla, no fue el Teseo de la Mitología quien la abandonó, sino todo lo contrario. Y yo tampoco dormía cuando lo hizo.

¿Un acuerdo mutuo? Pero ¿acaso en verdad hubo acuerdo alguno entre los dos?

Entré en el portal yendo directamente hacia el ascensor. En aquel momento descendía hacia la planta baja por lo que esperé. Por fin se detuvo frente a mí, y al ver que nadie aparecía abrí la puerta. En el fondo, abrazados, estrechamente abrazados, los labios,

las bocas unidas, ausentes de todo, incluso de que el ascensor se había detenido, vi a Laura Blint y a St. James, y las palabras de su madre repiquetearon en mis oídos sin poderlo evitar. También las de Nora Blummer, la mujer que fue mi amante por unas horas, por una noche... «ella puede ser Ariadna...».

Sí, podía serlo, podía ser desde luego, la mujer que mediante sus palabras, su explicación, me diera el «hilo» para que yo, al igual que Teseo, pudiese salir del laberinto. El Minotauro... podía ser el asesino. ¿Era eso lo que Nora quiso significarme?

No lo sabía.

Corté a voluntad el hilo de mis pensamientos e hice ademán de toser, discretamente se entiende, cuando se separaron. Vi el rostro de Laura, cómo subía de pálido a rojo escarlata, desde el nacimiento de sus pechos hasta la frente y la sonrisa un tanto cínica, un tanto burlona, de St. James, que fue el primero en romper el silencio:

—¿Espiendo, Nolan? Pues si fue así, me temo que esta escena le haya equivocado a usted —se echó a reír y añadió, acercándoseme —: Me soltaron, ¿sabe? Y fui a buscar a Laura. Quería hablar con ella. Esto fue anoche... Luego nos separamos de madrugada para encontrarnos ahora aquí. Concertamos una cita para hoy, ¿entiende?

—¿En mi despacho?

—Por supuesto —replicó St. James—. Y merece la pena. Tiene una secretaria con más fachada que... que... Oiga, fisgón, ¿dónde la consiguió?

Me limité a señalar el interior del ascensor.

—¿Quieren subir conmigo...?

Hubo un silencio que a pesar de su sencillez, se me antojó aterrador.

CAPÍTULO VII

Un silencio que apenas si duró tres o cuatro segundos, y que rompió St. James.

—Ahora no, viejo. Si quiere divertirse, ya perdió, por hoy, su oportunidad.

El timbre del teléfono me interrumpió en la mitad del camino hacia mi despacho, hice una seña a Stella, crucé el umbral, esperé unos segundos y por fin, repiqueteó el que había sobre la mesa. Lo tomé pegándolo a mi oído.

—Nolan al habla —dije—. ¿Dígame?

—¿De verdad que es usted, Nolan? —preguntó desde el otro lado de la línea.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio y pregunté a mi vez.

—¿Qué quiere?

La voz no la conocía: podía ser indistintamente de hombre o mujer, ya que el o la que telefoneaba, posiblemente había cubierto la bocina del auricular con un pañuelo, o con la mano.

—¿Sabe dónde está el Mochuelo Rojo?

Fruncí el ceño, fui a hablar, y en aquel momento mi interlocutor telefónico prosiguió:

—Es un bar situado cerca de la estación de la 30th Street. Vaya esta noche, fisgón, pero hágalo solo.

—¿Para qué he de ir?

Rió suavemente.

—No sea imbécil, amigo —dijo—; para entregarle información.

—¿Qué clase de información?

—Sobre... sobre eso que está usted buscando. ¡Ah!, lleve quinientos dólares.

—No tengo tanta plata —dije.

Volvió a reír.

—Búsquela, o no tendrá algo que bien vale la pena, se mire por donde se mire.

—¿Cómo sé yo que lo que me ofrece vale quinientos...?

—Tendrá que confiar en lo que le digo. Y... Bueno, pase por delante de la puerta del bar y siga hacia la esquina. Una vez allí, retroceda, entre en el bar y permanezca en la barra unos minutos... bebiendo si quiere. Luego salga, de la vuelta a el edificio, y entre en la calleja que hay detrás. Es... un vertedero de basuras y está a oscuras. No lleve linterna, o desapareceré si... sin... Hora, entre las once treinta y doce de esta noche...

Cortó la comunicación sin darme tiempo a aducir nada, a formular más preguntas, a confirmarle mi... digamos visita, o mi negativa a ir, al lugar que podía significar una mortal trampa para mí.

Lentamente solté el auricular sobre su soporte, rodeé la mesa y me senté, yendo, como siempre, en busca de la botella de *whisky*. Iba por el segundo trago cuando oí la voz de Stella, viniendo directamente de la puerta:

—Tengo las señas de los Templar, Dick.

—¿Y...?

—En el número 890 de la 19th Street, piso décimo, apartamento 580-F.

Me puse en pie, y casi en el acto vino su pregunta:

—¿Va a irse ahora?

—Sí, a no ser que puedas ofrecerme algo mejor, para que me quede.

Sus ojos se regocijaron.

—Hoy no, jefe —respondió—, pero en la próxima cuidaré mis prendas de nylon y luego ya veremos.

No respondí, pasé por su lado, le tiré un beso con la punta de los dedos y fui en busca del ascensor, lo que dio motivo para que minuto y medio más tarde me encontrara en la calle, acercándome al coche de mi propiedad. Subí, puse el motor en marcha y conduje sin dejar de pensar, hacia la 19th Street.

En Ariadna o Ariana... en el hilo de Ariadna. En el ovillo, en la hebra de hilo que sacó a Teseo del laberinto del rey Minos. En Ariadna y en Sherry... y en la última vez que la había visto, en el

lugar más inesperado para mí; en el bar de Phil, en un bar que ambos, no hacía mucho, habíamos frecuentado juntos infinidad de ocasiones.

¿Llegarme antes allí a ver si tenía la suerte de verla de nuevo?

No lo hice.

Continué pues con el volante en las manos, hasta que detuve el automóvil, junto al bordillo de acera, frente al número 890 de la 19th Street.

Descendí, crucé la acera, entré en el portal, busqué en las tablillas indicadoras y finalmente tomé el ascensor.

Frente al apartamento

580-F

me detuve, miré a ambos lados del amplio y elegante pasillo, y ya, sin una sola vacilación, pulsé el blanco botón del zumbador de la puerta.

Un segundo, dos, tres... tal vez cinco o seis, y aquélla se abrió enmarcándole en el umbral.

—¡Usted! ¿Pero qué diablos...?

A pesar de su exclamación, míster Templer no hizo ademán de cerrar la puerta, sino que permaneció allí, con los ojos helados fijos en los míos, y con una mueca despectiva en los labios.

Rompió el silencio con una pregunta:

—¿Qué busca aquí, Nolan?

—Vine a hacerle unas preguntas...

—Que creo que respondí en su momento.

—Si se refiere a nuestra presentación en el club..., creo que eso no es suficiente, míster Templer.

—¿No...?

—No.

—Escuche de una vez por todas; no voy a hablar con usted ni con nadie respecto a Jane, o de cualquiera de los miembros de la familia Blint. Por lo tanto, lárguese ahora, y deje de importunarme, o... o me quejaré a la policía.

—¿De qué tiene miedo? —inquirí, dedicándole una sonrisa—, de que alguien encuentre pruebas de que usted... pongamos, es el padre o iba a ser el padre del hijo que iba a tener *miss*...

No terminé, Templer dio un paso hacia mí y disparó el puño; un puño que vi venir por lo que ladeé la cabeza y sin darle luego

tiempo a que se rehiciera cuando falló el golpe, le hundí el mío en el estómago. Boqueó doblándose por el centro y le enderecé de un gancho que lo lanzó hacia atrás, al interior de su casa, cayendo sentado al suelo.

Fui detrás encajando a mi espalda el pestillo de la puerta, pero no le toqué. Me limité a quedarme allí, frente a él, esperando a que se levantara, diciendo:

—Lo siento, míster Templer, pero usted me obligó.

Se levantó sin pronunciar palabra y cuando quedamos frente a frente, indicó:

—Por aquí, ¿quiere?

Me volvió la espalda y fui tras sus pasos hacia el *living*.

No había allí ningún retrato del presidente de Estados Unidos, pero sí algo mejor: un grande y bien surtido bar, incluso con cafetera eléctrica, y cinco altos taburetes alrededor de la barra.

No me acerqué, pero Templer sí lo hizo, siempre dándome la espalda; pasó al otro lado y una vez allí, botella y vaso en mano, levantó la cabeza y me miró.

—Pega duro, pesquisa —dijo sin rencor—. ¿Quiere una copa?

—*Whisky*, por favor —respondí.

Empezó a manipular, siempre detrás de la barra, que rodeó a la inversa una vez que hubo terminado, y con dos vasos en las manos se me acercó, dándose uno a continuación.

—Siéntese, Nolan —dijo.

Y ante mi sorpresa, continué dándome cuenta de que ni en sus ojos ni en su voz, ni, en suma, su actitud, había rencor alguno hacia mí.

Lo hice, en uno de los sillones, y Templer en otro, frente a mí.

Bebió un poco antes de formular la pregunta.

—¿Qué quiere saber?

—¡Hábleme de *miss* Jane Blint! —dije—. Usted la conocía. Los Blint se mueven en su círculo. ¿No es así?

—Sí, así es —me miró pensativamente y añadió—: Poco es, no obstante, lo que sé de Jane. Podría... definirla como... como una cabeza loca. Tenía amigos y amigas. Más amigos que amigas. Cualquiera, por celos, o por otra causa pudo matarla. Se la estaba buscando.

—¿Por qué?

—Era... ya se lo he dicho, ¿no? Jugaba con los hombres y quizá, también, entendiera o creyera en el amor libre... y tropezó con un tipo al que le desagradaba esa idea en ella. Tal vez discutieron, tal vez... se vio engañado y... la liquidó por eso. No... no lo sé, no me lo puedo explicar.

—¿Sabía que cuando la mataron estaba embarazada de tres meses?

Saltó sobre el sillón en que se sentaba como si hubieran brotado alfileres en él.

—¡Cuernos! —exclamó—. Eso... debí sospecharlo.

—¿Por qué?

—Por... ese tipo, ese St. James o como quiera que se llame. En estos últimos meses han sido vistos juntos muchas veces, incluso a altas horas de la madrugada.

—¿Cree que St. James pudo ser el padre del hijo que esperaba miss Blint?

Siguieron varios segundos de silencio que aprovechó para beber largamente, sin dejar de mirarme por encima del borde del cristal del vaso.

—No —replicó al terminar—. No puedo asegurar eso, Nolan. Nadie puede, teniendo en cuenta lo que anteriormente le he dicho de Jane.

Llevaba razón; nadie afirmaría aquello... ahora que ella había muerto. Puede que el asesino contara con eso como base fundamental para Cometer lo que hasta el momento parecía ser un crimen perfecto.

—¿Quiere decirme ahora, míster Templer —inquirí—, dónde se encontraba usted a la hora en que la asesinaron?

Volvía a sorprenderme porque en contra de todo lo supuesto, en contra de lo ocurrido en el club la noche antes, en sangriento contraste si se quiere llamarlo así, no se alteró. No se movió ni un solo músculo de su rostro, ni tampoco el tono de su voz cuando contestó:

—Estuve yendo de un lado para otro, supongo, a aquella hora.

—Explique eso, ¿quiete?

—No tengo coartada, Nolan. Es... lo mismo que le dije a la policía. Mi mujer y yo... Bueno, tuvimos una ligera discusión y me marché a tomar el aire... Luego supe que habían matado a la

pequeña Jane Blint.

—¿Quién se lo dijo a usted?

Sonrió.

—Nadie en concreto —repuso—. Sencillamente, lo leí en los periódicos.

Bebí hasta apurar el contenido del vaso y me puse en pie.

Su rostro reflejó sorpresa.

—¿Ya se marcha?

—Sí, así es —contesté.

—No creo haberle servido de mucho, ¿verdad?

Forcé una sonrisa.

—Otra vez será —dije con consoladora voz—. Y gracias.

Me acompañó a la puerta sin responder, y cerró suavemente a mi espalda.

De nuevo, una vez más, otra más, empuñé el volante y conduje ahora hasta el bar de Phil con ánimo de tomarme un par de bocadillos y una lata de cerveza y, ¿por qué no?, por si tenía la suerte de encontrarme con Sherry.

No estaba allí.

Un tanto decepcionado, pero sin querer confesármelo, pedí lo que pensara en el interior de mi coche y empecé a comer, asaetado por los ojos de Phil.

CAPÍTULO VIII

Eran las tres y treinta minutos de la tarde cuando subía a mi apartamento, introduje la llave en la cerradura, la hice girar franqueándome el paso y me encaminé directamente al *living*.

La verdad es que estaba cansado; pero no me acerqué. La puerta estaba abierta, ligeramente, pero lo estaba, y yo me encontraba seguro, de que la había cerrado antes de irme; siempre lo hacía, era una costumbre tan arraigada en mí, que jamás la olvidaba.

Finalmente me decidí, con la mano bajo la axila izquierda, y tocando ligeramente con los dedos la culata de la automática, di un par de pasos. Sólo dos, porque al ir a dar el tercero, ella preguntó desde el interior:

—¿Eres tú, Dick?

No contesté.

Sherry acababa de aparecer en la puerta del dormitorio. La combinación era azul, de transparente nylon; una minicombinación diría yo, y estaba preciosa, fascinante, como lo estuvo siempre.

—Hola, Dick —dijo.

Y se me acercó.

Sin dejar de mirarla, pregunté:

—¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido?

Se dejó caer en el brazo del sillón en el cual me encontraba sentado, pero no la toqué, aunque tuve que hacer un esfuerzo para conseguirlo.

—Ese dormitorio estaba hecho un asco, Dick —dijo, con los ojos brillantes—. Tuve que arreglarlo.

No dije nada cuando dejó de hablar. Pensaba en muchas cosas; estaba allí, había vuelto, porque para mí, se dejó la principal a pesar del anuncio del hijo que iba a nacer, a pesar del hijo que iba a

darme.

—¿Sólo por eso vas a quedarte? —pregunté al fin, tras un breve silencio en el transcurso del cual no dejó de mirarme inquieta.

—Quizá... quizá quiera quedarme porque... porque te amé, y te sigo amando, Dick. Creí..., que eso ya lo sabías, que lo has sabido siempre —se estaba inclinando sobre mí, con los temblorosos labios entreabiertos—. En cuanto a ese hijo nuestro, yo... no sé qué decir. Tal vez te moleste el que esto haya ocurrido. Quizá creas que si he vuelto... ¡Oh, Dick!

Terminó de inclinarse y acaricié uno de sus muslos desnudos, mientras nos besábamos, exactamente como otras veces, como si nada hubiese ocurrido entre los dos, como si no nos hubiésemos separado hacía tres meses, de tácito acuerdo. Ahora estaba allí, de nuevo entre mis brazos...

Al separarnos, pregunté:

—¿No habrá más problemas, Sherry?

—No, Dick —repuso desviando los ojos de los míos—. Ningún problema, puedes estar seguro de eso —se puso en pie y me prendió de un brazo—. Ven —invitó—, verás lo que he hecho con esa porquería que tenías por dormitorio.

* * *

Sobre las once de la noche me lancé de la cama al suelo y empecé a vestirme notando como desde el lecho donde se hallaba tendida, Sherry me asaeteaba con sus profundos y expresivos ojos.

—¿Te marchas?

—Sí —respondí, esperando, como otras veces, un estallido, incomprensible por supuesto, pero no ocurrió nada de aquello.

—Te estaré esperando —fue lo que dijo.

—Quizá no debes hacerlo —indiqué, poniéndome ya la camisa—. Es posible que no vuelva en toda la noche.

—No obstante te estaré esperando... aquí, ¿sabes? Y... y te dejaré algo en el frigorífico por si tienes hambre cuando regreses.

Tomé la funda con las correíllas, me la coloqué, la pistola, y ni en sus ojos ni en su rostro pude ver señales de su antiguo desagrado por todo aquello, y me pregunté si era por causa del hijo que llevaba en sus entrañas, por lo que Sherry había cambiado tanto...

si es que en verdad lo había hecho.

No se lo dije, en silencio me incliné sobre ella que llevó los brazos a mi cuello, y notando la caricia de sus uñas en mi nuca, nos besamos.

Salí del dormitorio unos segundos más tarde, sin volverme a mirarla, sabiendo, consciente de que si lo hacía, por lo menos aquella noche, faltaría a una cita dada.

Antes de atravesar del todo el *living*, me llegó su voz.

—Cuídate, Dick... por favor.

No respondí.

* * *

Al llegar a la esquina di media vuelta, volviéndome en redondo, y retrocedí sobre mis pasos, hacia la puerta del Mochuelo Rojo cuya acristalada puerta empujé; fui hasta la barra sin fijarme en nadie en particular, hasta que no me encontré en uno de los taburetes, con un *whisky* en la mano.

Recordé a Ariadna..., pero sin el hilo, sin la madeja, y me dije que fuere por lo que fuese, por aquel hijo que iba o no a darme, Sherry había vuelto, y de ese modo se cumplía uno de los grandes deseos de mi vida.

Consulté el reloj. Llevaba allí, en el bar, exactamente tres minutos, por lo que terminé con el *whisky* de un sorbo, deposité junto al vaso unas monedas y salí a la calle.

Miré el lugar donde dejara estacionado el coche.

No había nadie.

A ambos lados de la 19th Street, en ambos sentidos, mejor dicho, los peatones circulaban por las aceras, sumidos en sus propias reflexiones, en solitario, o hablando con sus acompañantes, pero en ninguno de ellos pude observar que al verme, si es que se fijaron en mí, el menor gesto, la menor expresión de que era reconocido o de que se me esperaba, por lo que tomando una decisión empecé a andar hacia la calleja.

Al llegar a la esquina torcí a mi izquierda, que doblé también, en el mismo sentido, y repentinamente me vi en la calleja que me anunciaran por teléfono.

Tres, cuatro pasos, cinco; un portal, dos, incluso tres que se

quedaban a mi espalda. Y fue ahí precisamente, cerca ya de una de las luces del alumbrado, cuando me llamaron por mi nombre.

—Nolan, ¿verdad? Vamos, vuélvase, pero despacio.

Lo hice así, sin sacar la mano del bolsillo.

El tampoco empuñaba arma alguna. De unos cuarenta a cuarenta y cinco años de edad, podía ser cualquier cosa respecto a profesión, pero la verdad es que a mí no me decía nada.

Llevaba sombrero, casi cubriéndole parte del rostro con una de sus alas, cetrino, ojos negros, chaqueta rozada por las mangas, la corbata ladeada, el nudo torcido y la camisa llena de manchas y de quemaduras, de pequeñas quemaduras producidas por los cigarrillos, posiblemente fumados cuando se encontraba tendido de espaldas, vestido, y cualquiera sabía dónde.

Deshilachados los bajos de los pantalones, demasiado grandes, también demasiado anchos para él.

—Soy Nolan, efectivamente —dije tras mi escrutinio—. ¿Qué quiere?

—¿Trajo la pasta? —inquirió sin responder a mi pregunta.

—En el bolsillo —respondí.

—Démela.

Sonreí.

—Antes quiero esa información.

—Y qué ocurrirá si después se larga sin dármele, fígón.

—¡Puede ocurrir, desde luego! —repliqué—. Pero usted dijo algo de confiar en alguien o en algo, ¿no?

—¿Dije eso...? Pues...

—Escuche —corté suavemente—. No voy a perder más tiempo con usted. O me da esa información, o me marcho a dormir. Estoy cansado, ¿entiende?

Miró a su alrededor, luego fijó sus ojos en los míos y le vi tragar saliva.

—Muéstreme esos dólares —fue lo que dijo—. Es lo único que le pido.

Introduje la mano izquierda en el bolsillo del pantalón y saqué un arrugado fajo de pequeños billetes.

—Quinientos dólares, viejo —y al pronunciar aquella palabra recordé a St. James, sin poderlo evitar—. Vamos, suelte lo que sea de una vez.

—Deme esos billetes primero y...

Empecé a retroceder.

—No voy a hacer nada de eso, y usted lo sabe. Buenas noches.

Hice ademán de dar media vuelta y entonces ocurrió lo que esperaba.

—Espere.

Me detuve, pero no me acerqué.

—¡Es usted un maldito hijo de perra, Nolan, y...!

—Sé todo eso —corté—. ¿Me da la información?

Vaciló aún unos segundos, al cabo de los cuales preguntó:

—Está buscando a un asesino, ¿verdad?

—Sí, así es. ¿Qué más?

—Bueno, yo... puedo darle una pista. Una buena pista...

—¿Y...?

Tragó saliva por segunda vez, y sus ojos negros, casi inhumanos, se clavaron con insistencia en los billetes que aún continuaban en mi mano.

—Correcto, Nolan, usted gana; se lo diré: Vi a esa chicana esa *miss* Blint o como se llame, en uno de los moteles de... Eso no importa por el momento, ¿sabe? Deme la pasta, y puede que le indique incluso al tipo que la acompañaba.

—¿Se está refiriendo a la muerta, a la que asesinaron, o a su hermana Laura?

Su risa me sobresaltó, tal vez por lo inesperada.

—Usted sabe a quién me refiero, pesquisa. Déme la pasta, y le diré el motel y...

No terminó; de entre las sombras, en la otra acera de la calleja, un tanto a mi espalda, brotó un fogonazo y súbitamente vi el agujero en el ala del sombrero y antes que cayera sobre él sucio suelo, golpeándolo sordamente, muerto, me lancé a mi vez contra unos cubos de basura, pistola en mano, cuando ya la bala del segundo disparo me rozaba la cabeza.

Traté luego de orientarme; cuando lo conseguí, en la distancia se oían pisadas, pasos precipitados, como de alguien que se aleja huyendo a todo correr.

No le seguí sabiendo que era tarea vana, por lo que me acerqué al hombre, muerto ya; miré a mi alrededor antes de inclinarme sobre él para registrarle.

No había nadie, no se oía tampoco nada, por lo que lo hice.

En sus bolsillos, que volví del revés, no había nada; ni un simple papel, ni un cortaplumas, ni un solo documento que me dijera de quién se trataba, lo que me indujo a pensar que era un «soplón», o de la policía, o de cualquiera de las bandas callejeras que a menudo hacían su aparición en Filadelfia.

Empecé a retroceder, buscando la salida hacia la 19th, con el pensamiento puesto en el teniente Merriman del Departamento de Homicidios.

Pero no le llamé hasta bastante más tarde.

Lo hice al apartamento de Stella, desde la primera cabina que me salió al paso.

—¿Sí...? —preguntó con voz soñolienta; y supe, sin lugar a dudas, que acababa de sacarla de la cama.

—Soy yo, Stella —dije—, perdona, pero es importante.

Su voz se mostró extrañamente cautelosa cuando respondió:

—¿Y es...?

—Quiero que me digas si sabes el nombre de alguno de esos moteles donde se puede llevar a una señora, tanto casada como soltera; de esos que no hacen pre...

—¡Dick! —me interrumpió, fingiendo escandalizarse—. Pero... ¿no le da nada de preguntarme eso... estando con una señora? Oiga, ¿por qué no se lo pregunta a ella? Quién es... ¿Laura Blint, o *mistress* Blummer...?

—Estoy solo, pequeña, y necesito saberlo. Es urgente.

—¡Pero, Dick!; eso es aún mucho peor de lo que me imaginaba. ¿Quiere que me vista y vaya a hacerle compañía, amor...?

—¡Quiero que...! ¡Cuernos, Stella!, ¡vas a contestarme seriamente! ¿Sí o no?

—Correcto, jefe, lo siento, pero no sé de ninguno... por lo menos de sus nombres. Tengo una habitación y una cama que son un sueño... o una pesadilla según para quien. ¿A qué pues necesito el lecho de un motel?

Llevaba razón, desde luego, pero no se la di.

—Trata de averiguarlo, pequeña. Es urgente e importante.

Siguió a mis palabras un pequeño silencio que Stella rompió con una pregunta, hablando ya sin broma alguna en su voz, sin regocijo alguno.

—Lo haré. ¿Algo más? Me refiero a si busco algún nombre en concreto.

—No —respondí, sabiendo que haría lo contrario, y que buscaría exactamente el nombre de Jane Blint, entre otros—. El resto es cosa mía.

Hubo un segundo silencio, ahora más corto que el primero. Stella fue también la que lo rompió:

—¿Debo felicitarle, Dick? —preguntó sin preámbulo alguno.

—¿Felicitarme...? —me extrañé—. ¿Por qué?

—Sé que ella ha vuelto al hogar —ella era Ariadna desde luego —, y sé, también, que va a quedarse para siempre.

—¿Quién te lo dijo, muchacha?

—*Mistress* Sherry Nolan, por supuesto. Le llamé a usted a su apartamento y Sherry se puso al otro lado ante mi sorpresa, pero usted ya se había ido.

—¿Algo importante?

—Ese teniente de Homicidios le estuvo llamando toda la tarde.

—¿Qué quería?

—Supongo que hablarle del asesinato de *miss* Blint, pero no es seguro.

—¿Algo más?

—No, nada.

—De acuerdo, querida —me despedí—. Buenas noches y que descanses.

CAPÍTULO IX

Lo hice a mi vez, y luego llamé al precinto, al teniente Merriman, dándole cuenta del asesinato de un hampón, en la calleja que daba directamente a la puerta trasera del Mochuelo Rojo de la 19th Street, junto a la estación. Me pidió que fuese allí para hablar con él, le prometí que lo haría, pero no fue así. Por aquella noche ya había bastante.

Por otra parte, tenía algo que hacer mucho más urgente que todo aquello; tenía que volver al lado de Sherry.

El apartamento estaba a oscuras cuando entré, al filo de las tres quince de la madrugada, por lo que procurando no hacer ruido alguno avancé hacia el *living*, allí encendí la luz, crucé al otro lado, empujé la puerta de acceso al dormitorio y la vi, como la viera hacía unas horas.

Retrocedí pues, y en mi pequeño bar me preparé un *whisky*, y con el vaso en la mano fui a sentarme en uno de los sillones, vaso que luego deposité sobre una mesita, a mi lado.

Recosté la espalda contra el respaldo y cerré los ojos.

Alguien estaba siguiendo mis pasos y no me gustaba. Aquel asesinato, el del hampón, confirmaba mis sospechas. Unos billetes en mi mano, la presencia de aquél a mi lado, aun visto a distancia, le habían obligado a intervenir en forma expeditiva, sospechando que la entrevista tenía un nombre o dos. El de Jane Blint y el de su asesino. O tal vez... tal vez, conocía al hombre que me abordara, y sospechó al verle a mi lado, de qué se trataba.

—Confieso que no te esperaba, Dick.

Contesté mecánicamente:

—Terminé con la cita antes de lo que yo mismo creía, muchacha.

Abrí los ojos.

Cerca, muy cerca, sonriendo, Sherry me miraba.

—Pero... Dick, ¿es que no vas a levantarte para darme un beso?

—¿Y por qué he de hacerlo —respondí—, pudiendo tú sentarte en... pongamos por caso, mis rodillas?

No respondió, pero en unos segundos la tuve en mis brazos.

Al terminar con las caricias preguntó.

—¿Quieres que permanezca callada, o prefieres que hablemos?

Me conocía lo suficiente como para que yo supiera de antemano que era tarea vana el tratar de engañarla, por lo que respondí:

—Prefiero charlar un rato, muchacha.

—¿De Jane Blint...?

—Sí, así es —dije, un segundo antes de llevarme el vaso a la boca para beber.

—¿Y bien...?

Deseaba sí, como Sherry bien decía, hablar; hablar con ella o con quien fuese, exponerle unos cuantos puntos de vista, discutirlos si era necesario.

—¿Preocupado, Dick?

—Sí, un poco... —empecé.

Y ya no me detuve hasta contárselo todo.

—El «Hilo de Ariadna»... —comentó en un susurre al ver que callaba—. Es curioso.

—¿Qué es lo curioso, Sherry? —inquirí.

—No lo sé —fue la desconcertante respuesta que me dio—, pero deberías tener una nueva conversación con *mistress* Blummer.

—¿Por qué con ella precisamente? —quise saber.

—Ariadna puede ser *mistress* Blummer efectivamente, querido. También Laura... aunque no estoy segura de eso. No, no lo aseguraría en modo alguno.

—Razona entonces respecto a *mistress* Blummer, Sherry —pedí—. ¿Por qué crees que ella sabe algo más de lo que me ha dicho?

—Deduciéndolo de lo que tú me has dicho a mí. Indudablemente ella conoce a los Blint; tú mismo me lo has dicho y... tiene que saber muchas cosas de las dos hermanas. Incluso puede que sepa quién es el padre del niño que ella iba a tener. Puede también... que ese cuento, esa historia o esa leyenda mitológica, tenga un significado... y me atrevería a firmarte que he dado con él.

—¿Sí...? Explícate, ¿quieres?

Negó, ante mi asombro, con la cabeza, antes de continuar hablando.

—Eso debes averiguarlo tú solo, querido —dijo—. Yo..., simplemente, te apunto una posibilidad. En cuanto a Teseo... Teseo...

Se interrumpió, tomó mi vaso, quitándomelo de las manos y bebió un poco. Mientras lo hacía la apremié:

—¿Qué hay de ese Teseo, Sherry?

—Puede ser el asesino —respondió devolviéndome el vaso—. Es el asesino, y de ello no tengo duda alguna.

—Vuelvo a preguntarte lo mismo que antes; ¿cómo estás tan segura?

—Si recapacitas un poco lo sabrás. Te darás cuenta de ello.

Vacilé un poco antes de formular una nueva pregunta:

—¿Te refieres a la muerte del Minotauro?

—Exactamente, pesquisa. Veo que me casé con un tipo interesante, además de inteligente.

Sin desear seguir por aquel terreno, sin querer asirme a la oportunidad que me brindaba, respondí:

—Según tú, muchacha, en éste caso, ¿quién es el Minotauro?

—La propia Jane Blint.

—¿Qué galimatías es ése? —preguté.

Hacía unos segundos que estaba mirando el vaso que yo sostenía en las manos y su respuesta fue:

—Deja eso ahí, marido, no puedes beber y tomar a una chica al mismo tiempo.

Llevaba toda la razón, por lo que sin responder, dando de lado a todo lo demás, obedecí.

* * *

Todavía dormía cuando aquella mañana abandoné el apartamento, sabiendo que era inútil despertarla, pues no lograría sacarle una palabra más del cuerpo, respecto a Jane Blint, ni de otra cosa cualesquiera, como no fuera de nosotros dos y en aquella pasada noche, ya hubo más que suficiente.

Stella estaba en el mismo lugar de siempre, pero me hizo una

seña apenas verme dirigirme hacia mi despacho privado.

—Tiene visita, Dick —dijo.

—¿Quién es?

Me mostró sus dientes blancos como perlas cuando respondió:

—Un amigo suyo con melenas, ¿sabe? Y ahora no trató de hacerme el amor.

—¿Está solo?

—Sí; la pequeña Laura Blint no vino esta vez.

—¿Algo más?

—Anoche saqué a Pool de la cama, tal y como usted hizo conmigo... y se puso contento, creyendo que le llamaba para que me hiciera compañía en mi apartamento. Quería que pasáramos la noche juntos..., pero... le eché un jarro de agua fría cuando le dije para que le llamaba.

—¡Y...! —dije sin hacer caso alguno de su larga parrafada.

—Está sobre la pista de esos moteles. Se llevó las dos fotografías. Me refiero a la de Laura y Jane Blint.

—¿Por qué las dos, y de dónde las sacaste?

—De una revista, sabueso, en la que ambas están en bikini, con más cosas que yo misma, también cuando estoy en bikini. En cuanto al porqué de las dos, no lo sé. Bueno, ¿entra a ver a ese... ese... tipo?

—Ahora mismo, Stella —dije—, pero antes quiero saber cuándo y dónde tendré noticias de Pool.

Pool era un sabueso en toda la extensión de la palabra; un tipo que había trabajado varias veces para mí; en fin, un tipo en el que se podía confiar.

—Pool nunca da explicaciones, Dick. Tomó el caso por su cuenta e hizo la del humo.

—Correcto. ¿Hay algo...?

—Por supuesto que sí —me interrumpió—. Llamó *mistress* Blummer y dijo... dijo que deseaba hablar con usted. Que era urgente.

—¿Dónde...?

Mirándome suspicaz, Stella respondió:

—Señaló que si usted lo deseaba, ya sabría dónde encontrarla de aquí a la noche.

Di media vuelta y sin responder abrí la puerta de acceso a mi

despacho.

St. James estaba allí, sentado en uno de mis sillones, con la botella de *whisky* en las manos, de la que indudablemente había bebido bastante, a juzgar por el licor que quedaba dentro.

Se había permitido pues, el lujo de abrir uno de mis cajones y sacarla de allí y quizá... quizá... de registrar mi despacho.

—Vuelva a tocar algo de aquí, amigo —dije—, y saldrá por la ventana. Vamos, muchacho, un dólar, y ahora mismo.

—Qué diablos...

Se desprendió con violencia de mis brazos y la botella cayó al suelo estallando en mil pedazos. A mis oídos llegó la risa burlona de St. James y su voz.

—Vamos viejo —dijo—, una botella se compra en cualquier parte, y no hay que ponerse así. Quería un trago y... Bueno, fisgón, la casa...

Una vez más le prendí por la camisa y ahora, cuando tiró, la tela se desgarró entre mis dedos, luego recibí un golpe a un lado de la cara, di una vuelta completa sobre mí mismo y me estrellé contra la pared después de derribar uno de los sillones.

Frente a mí, siempre riendo, con regocijo burlón en los ojos, St. James se me acercaba. Le dejé llegar, se inclinó...

—¿Qué, viejo —y había hiriente mordacidad en sus palabras—; va a cobrarme ese whis...?

Entonces disparé la pierna, y la puntera de mi zapato se hundió en su bajo vientre. St. James lanzó una ahogada exclamación, cayó de rodillas cuando yo ya me estaba levantando, y le pegué un golpe en la nuca con el canto de la mano.

Hundió la cara en las baldosas del suelo y quedó inmóvil, entre el *whisky* y los cristales de la botella.

Desde la puerta, con los ojos un tanto asustados, Stella contemplaba la escena en silencio; pero habló tan pronto como se dio cuenta de que la miraba:

—¿Quiere que llame a la policía, Dick? Ese tipo siempre anda buscándose la.

—Pues ahora la encontró, querida —repliqué—. Y no, no llames a nadie. Este asunto es... entre los dos.

No respondió, dio media vuelta y me dejó solo con St. James.

—¿Con qué me golpeó, Nolan? —Fue su primera pregunta,

mientras que una vez más su sonrisa, un tanto burlona, un tanto cínica, entreabría sus labios.

—Fue un golpe de karate —dije—. ¿Me da el importe de la botella?

Sin responder ahora, pero sin perder por eso su cínica sonrisa, su expresión de burlona complacencia, sacó del bolsillo un par de billetes de a dólar y los dejó sobre la mesa.

—¿Satisfecho, pesquisa? —preguntó.

Señalé la puerta.

—Lárguese ahora, St. James —dije.

—¿Qué...? Pero, oiga, vine aquí para hablar con usted.

—Lo hicimos ya —respondí—. Vamos, márchese.

—Pero... ¡Diablos! ¿A qué viene eso?

—¿Se marcha...?

Empezó a retroceder hacia la salida, pero una vez junto al marco de la puerta se detuvo.

—Escuche, Nolan —dijo—, recibí ayer un citatorio para la encuesta y... van a meterme dentro otra vez. Soy el sospechoso ideal y usted lo sabe, ¿comprende? Quiero que...

—Márchese, St. James, y si le hace falta ayuda, busque a otro.

Di un paso, dos, abrí la puerta, y señalé al exterior.

En contra de lo que esperaba, St. James no dijo nada; en silencio dio media vuelta y abandonó mi despacho, y con satisfacción pude darme cuenta de que había perdido, aunque sólo fuera por una vez, su cínica sonrisa y la expresión burlona de sus ojos y semblante.

Me volvía, con ánimo de recoger los cristales del suelo, cuando repiqueteó el timbre del teléfono.

Stella se puso al aparato, y luego, casi inmediatamente, me tendió el auricular.

—Es para usted, Dick —dijo—, el teniente Merriman quiere hablarle.

Lo pegué a mi oído luego de casi arrebatarárselo de las manos.

—¿Sí...?

—¿Dónde diablos te metes, Dick?

—Tuve... o tenía una cita, polizante —repliqué—, por eso no pude esperarte. ¿Identificaste al hombre?

—No, aún no. No tiene prontuario policíaco, y eso me sorprende un poco. ¿Cómo crees tú que... que... poseía esa información que te

dio a ti?

—¿A mí...? No creo haberte dicho eso.

—Es cierto, pesquisa —respondió prontamente y con suavidad

—. Perdona si me confundí. ¿Algo más?

—Que yo recuerde, eres tú el que me acaba de telefonear.

Al otro lado del hilo hubo un largo y extraño silencio.

CAPÍTULO X

Repentinamente, Merriman lo rompió.

—Escucha, Dick —dijo —quisiera que me lo explicaras todo, ¿comprendes?

—No —contesté—. Por el momento no. Explícate tú, ¿quieres?

Otro nuevo silencio acogió mis palabras, y finalmente le oí hablar.

—Quiero saber qué está haciendo ese amigo tuyo, Pool Richardson, husmeando de motel en motel. ¿Qué busca?

—Tal vez tiene una amiga y trata de encontrar un sitio tranquilo donde llevarla, por unas horas, ¿no?

—Escucha, Dick, sé que...

—Es todo lo que te puedo decir, teniente. Todo por el momento. Pool Richardson, si tiene algo entre manos, es cosa suya, de la que no tengo ni la menor idea.

—¿No? —Y su voz era sarcástica—. ¿Qué tratas de ocultarme? Vamos, Dick, suéltalo ya, ¿quieres?, o vas a tener un disgusto con mi Departamento.

—Te he dicho todo cuanto sé. Pool no está en contacto ni mucho menos conmigo, ni ha recibido encargo alguno por mi parte.

—¿No...? En ese caso, Dick, ¿quieres decirme a qué diablos fue a tu oficina esta misma mañana y bien temprano?

—A Pool le gusta mi secretaria, polizante. Tal vez ella pueda responderte a esa pregunta. ¿Quieres que hable contigo?

—No, ni mucho menos.

—En cuanto a anoche...

—Sé dónde estuviste anoche y con quien era la cita. Hablé con Sherry no hace mucho, y me alegro por los dos. Cuídala, pesquiza, que es una gran mujer..., con un marido que es un zoquete y un

estúpido. ¡Ah!, y cuida también a Richardson. No me gustaría verle muerto en cualquier calleja. Exactamente como el tipo de anoche.

Cortó la comunicación, sin darme tiempo a contestarle, y depositando el auricular sobre su soporte me volví hacia la puerta, y entonces la vi.

Y recordé su voz incisiva la primera vez que la vi, a pesar de lo poquita cosa que me pareció en aquel momento. En el marco, mirándonos alternativamente y en silencio, *mistress* Templar parecía aguardar a que terminara con mi conversación telefónica, ya que apenas lo hube hecho exclamó:

—Quiero hablar con usted, míster Nolan.

Con un gesto indiqué la puerta de acceso a mi despacho mientras que Stella daba media vuelta y entré en el suyo.

—Por aquí —dije—, por favor.

Luego le indiqué que se sentara, y lo hizo cabalgando una pierna sobre la otra.

—¿Y bien?

Sin responder, *mistress* Templar abrió el bolso y extrajo un papel que reconocí mucho antes de abrirlo. Es decir, no tenía que mirarlo para saber de qué se trataba.

—Recibí este citatorio para la encuesta, míster Nolan —dijo—, y tengo miedo.

No era aquello lo que expresaban ni sus ojos ni su rostro, por lo que esperé a que añadiera algo más.

Lo hizo casi a continuación.

—Ese teniente de Homicidios... me produce horror, con su cara de estúpido, de niño bueno... y con sus preguntas fuera de tono. Parece no sospechar de nadie y de todos...

Calló, y fue en aquel momento cuando me vi en la necesidad de preguntar:

—Concretando, *mistress* Templar, ¿de qué tiene miedo usted? ¿De una acusación de complicidad en un asesinato; en el asesinato de Jane Blint?

Palideció de un modo horrible bajo la sabía capa de maquillaje, y sus pechos se agitaron bajo la tela de la blusa que llevaba puesta. Blusa atada a la cintura con un lazo, dejando al descubierto el estómago, y pantalones acampanados...

—No lo sé —y su voz se había vuelto repentinamente oscura—.

No lo sé, pero temo por... por... míster Templer.

—¿Por qué?

—No tiene... no tiene coartada, y lo que es peor es que no desea tampoco decir dónde pasó el día... aquellas horas que precedieron a la muerte de esa muchacha.

—¿Qué es lo que sospecha usted?

—Todo —dijo tras unos segundos de silencio—. Todo lo malo posible, míster Nolan. Ésas son mis sospechas.

—¿Quiere decir...?

—Eso que está usted indudablemente pensando. Jane Blint era una zorra, que se movía en nuestro círculo. No podíamos cerrarle las puertas... a pesar de todo. Usted ya sabe cómo son esas cosas, ¿verdad? La sociedad, el medio ambiente en que nos desenvolvemos es sucio, a pesar de su brillo. Mi marido... Bueno, no es fiel; no sería capaz de serle fiel a ninguna mujer, y... y... míster Blummer tampoco lo es. El hijo que iba a tener *miss* Blint, pudo ser... pudo ser... ¡Cualquiera sabe! Pero sí hay un hecho cierto, concreto; murió, alguien la asesinó, y pudo... pudo hacerlo mi marido... o... o... una de nosotras. Nora o yo... e incluso la propia Laura.

—¿Por qué Laura?

—Ella también ha sido vista con ese melenudo St. James... y también con la pequeña Jane. Es una posibilidad. Es... un verdadero laberinto.

—¿Sabía usted entonces que *miss* Blint estaba embarazada?

—No —replicó—. Entonces no. Recién me enteré hace unas horas. Míster Templer, mi marido, me lo dijo. Hablamos de esto tan pronto como recibimos el citatorio.

—¿También míster Templer?

—Sí, también.

Fue a responder cuando desde allí oí el timbre del teléfono, y me interrumpí. Unos segundos más tarde, Stella apareció en el hueco de la puerta.

—Es Pool, Dick —dijo—. Dice que es importante.

—Pásame la comunicación aquí mismo —respondí.

Lo hizo tres o cuatro segundos más tarde.

—¿Pool...?

—Hola, Dick. Oye, me interesaría que vinieras ahora mismo.

—¿Dónde estás?

—Carretera Estatal, 18. En el motel Marcus. A unas veinte millas de Filadelfia.

—Tengo una visita —dije—. Será mejor que...

—¡No voy a esperar, Dick...! si tan urgente es para ti todo esto. Despide a la visita, y si es una señora, puedes traerla contigo. La dejas en la barra y... te la llevas más tarde a una de estas cabañas, si lo deseas así. Te estoy esperando.

—Pero...

El clic, señal evidente de que había cortado la comunicación, me hizo fruncir el ceño. *Mistress* Templer se había puesto en pie y me miraba fijamente. Había recobrado un tanto su color natural, pero continuaba nerviosa.

Pregunté, depositando el teléfono en su sitio:

—Respecto a lo que hemos hablado, ¿qué es lo que quiere de mí, *mistress* Templer?

—Detenga a ese asesino, y le pagaré lo que me pide. Es... su ayuda la que necesito.

—¿Y si resulta que el asesino es su marido...?

—Deténgale... aunque sé que va a dolerme mucho. Buenos días, *mister* Nolan. Espero que nos volvamos a ver.

No estaba muy seguro de aquello, por lo que en silencio la acompañé a la puerta. Al regresar a mi despacho, vi a Stella sentada en el sillón que *mistress* Templer había ocupado no hacía mucho.

Llevaba una pregunta en los labios que formuló apenas si estuve frente a ella:

—¿Qué deseaba Pool?

—Me dio una cita.

—Y eso quiere decir que se marcha, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Qué le digo a Sherry si llama preguntando por usted?

—Simplemente que recibí una llamada y tuve que marcharme.

—¿Nada más?

—No, nada más.

—¿No quiere... no quiere que le acompañe, jefe?

La miré fijamente.

—Voy a un motel, querida... y temo que estropearías tus prendas de nylon.

—¡Por supuesto que sería así!

—¿Y...?

—Prefiero quedarme aquí, amor. Estaré mucho más segura.

Me acerqué al perchero, tomé la funda con las correíllas, la americana, me lo puse todo, y caminé hacia la puerta.

Desde el sillón, Stella no me perdía de vista.

—Suerte, Dick —dijo como despedida, tan pronto como abrí la puerta para salir.

No respondí.

Una vez en la calle, dentro ya de mi coche, conduje buscando la salida de la ciudad por la carretera Estatal 18. Veinte millas, apenas un soplo para el «Cadillac».

Quince minutos más tarde daba vista al motel y a su playa de estacionamiento y hacia allí llevé el coche.

Lo detuve, descendí, cerré la portezuela con llave y caminé por el enarenado camino bordeado de árboles hacia la entrada del bar, sabiendo que en el único lugar que Pool podía esperarme, era allí.

No me equivoqué; estaba allí, en la barra, frente a un Manhattan con hielo, y no solo.

Violentemente sorprendido por la compañía que tenía a su lado, que yo no hacía mucho había dejado dormida apaciblemente en la cama que había compartido, que compartíamos siempre, me acerqué, con los ojos en sus muslos desnudos y morenos, que parecían brillar con luz propia, eclipsando todo lo demás que había y pudiese haber en el interior del bar del motel.

Sé que tuvo que verme por el espejo situado en la pared, detrás de la barra, porque repentinamente se volvió enfrentándome, sonriéndome también.

—Hola, marido —dijo ofreciéndome los labios—. Me di una vuelta por ahí y tropecé con Pool. Besó mis mejillas, devolví su beso, como una buena chica, y decidí esperarte.

Besé a Sherry, por supuesto, y al terminar, con algo que me pareció tan fugaz como un soplo, enfrenté a Pool.

—Celebro que vinieras, Dick —dijo.

—¿Es grave...?

—Eso, cuando te lo explique, deberás decidirlo tú.

—Correcto; ¿qué es?

Miré a Sherry mientras hablaba, y ella dándose a su vez por aludida, respondió antes que Pool:

—Si deseas que me marche, Dick, estás perdiendo el tiempo. Pool me contó lo que había descubierto y... me quedo por ahora.

No tenía ganas de discutir, por lo que desviando los ojos hacia Richardson, repetí:

—¿Qué es lo que has descubierto, Pool?

Estaba metiendo ya la mano en el bolsillo interior de su americana, y de allí sacó las fotografías a las que aludiera Stella, un tanto arrugadas ya.

—El caso es éste, Dick... —empezó.

Y por espacio de varios minutos allí, en la barra, junto a un *whisky* que Sherry tenía a su lado, y el Manhattan de él, no se oyó nada más que su voz.

Al terminar, oí la silenciosa y burlona risa de mi mujer.

—Me temo, Dick, que la cosa se te complica, y que no vas a tener bastante con una madeja o un ovillo. Tendrás que pedirle a Ariadna más hilo, si en verdad quieres salir de este laberinto en el que...

Pool, mirándola con asombro, preguntó:

—¿Qué diablos de galimatías es ése, Sherry?

Mi esposa le dedicó una luminosa sonrisa.

—Me temo, sabueso —respondió—, que si te lo explicara, perdería mucho tiempo, y tú, al fin y a la postre, no lo entenderías.

—¿Me crees tan estúpido, muchacha?

Sherry me miró, y vi en sus ojos el diablo de la burla, del regocijo.

—Para según qué cosas, querido, así es.

Pool me estaba preguntando en aquel momento:

—¿Te hago falta para algo más?

—No, por el momento no, y gracias. ¡Ah, envíame la cuenta tan pronto quieras o puedas!

Sonrió.

—Descuida, que lo haré.

Se acercó a Sherry, besó sus mejillas, Sherry le besó a su vez, y tan pronto como se hubo ido, bebió otro poco, y preguntó:

—¿Vamos a quedarnos aquí, Dick?

Arqueé una ceja.

—¿Te refieres a este motel?

—Por supuesto que sí. Sabes, ningún hombre me llevó nunca al

dormitorio de un motel.

—Pues yo tampoco voy a hacerlo, querida. Nos largamos a Filadelfia tan pronto como termines con ese *whisky*.

—¡Pero Dick...! Si... si... vine nada más que para eso.

—Pues espera hasta esta noche.

—¿En nuestro apartamento?

—Por supuesto que sí.

—Lo que resulta decepcionante —hizo una pausa y prosiguió al cabo de unos pocos segundos de silencio—: ¿Por qué no eres un buen chico, me invitas a unas copas, luego alquilas una de esas cabañas y pasamos el resto del día y toda la noche juntos? Te prometo, en cambio, tener gratos recuerdos, agradables recuerdos de ti... y de este motel, para lo sucesivo.

Sí, tal vez fuera lo mejor, quedarse allí, tenerla una vez más entre los brazos, resarcirnos de cualquier modo de aquellos meses de separación, pero negué aun en contra de mis propios deseos.

—No vamos a hacer nada de eso, Sherry. Pero te prometo, si lo deseas, que volveremos aquí.

CAPÍTULO XI

Me recibió la misma doncella que me recibiera la primera vez que estuve allí, y también como la primera vez, en contados segundos me encontré frente a *mistress* Blint.

—Usted es... míster Nolan, ¿verdad?

—Sí, así es —respondí, tratando de sonreír, pero sin conseguirlo del todo.

—Siéntese, ¿quiere? —Y con un gesto de su mano derecha me indicó uno de los sillones.

Denegué con un leve movimiento de cabeza.

—Lo siento, *mistress* Blint —dije—, pero no puedo perder mucho tiempo ahora. Está anocheciendo, y aún me quedan bastantes cosas por hacer.

—Entonces usted dirá.

—Quiero hablar con su hija —dije—. Con *miss* Laura Blint. Es grave e importante.

Sus ojos se mostraron inquietos.

—¿Ahora mismo? —preguntó.

—Sí. Supongo que no habrá inconveniente alguno.

—¿De qué se trata, míster Nolan? ¿Acaso de... de la muerte de... de mi otra hija?

—Sí, así es.

Mistress Blint guardó un pequeño silencio y luego preguntó:

—No está tratando de acusarla de la muerte de su propia hermana, ¿verdad?

—No estoy acusando a nadie aún —respondí.

—Pero lo hará. Usted... usted ya sabe quién es el asesino —afirmó.

Y entonces noté que sus ojos se habían vuelto

extraordinariamente fríos, y que estaba completamente en guardia.

No traté, empero, ni de contradecirla en el primer punto ni de tranquilizarla.

—¿Puedo hablar con *miss* Blint? —Fue lo que pregunté.

Mistress Blint se acercó a una de las cortinas y tiró de un cordón. Fuera, en algún lugar de la casa, tuvo que sonar una campanilla o algo análogo, ya que al cabo de unos segundos, que transcurrieron en silencio entre los dos, se presentó la doncella que me precediera hasta allí.

—Margaret, diga a *Miss* Blint que venga ahora mismo. Que es importante.

—¿Me llamabas?

Mistress Blint hizo una seña.

—Es *míster* Nolan el que desea hablar contigo, hija —respondió, dando ya media vuelta, y alejándose hacia la puerta por la que Laura había aparecido—. Esperaré fuera.

Ninguno de los dos contestamos.

Y de ambos, fue Laura la que preguntó apenas *mistress* Blint cerró la puerta a su espalda:

—Y bien, Nolan —dijo—, ¿qué es lo que quiere?

—¿Estuve en la carretera Estatal 18? —repliqué—. En el motel Marcus.

Lentamente se volvió dándome la espalda y se acercó a una de las ventanas. Miró fuera y el silencio se hizo espeso entre los dos.

Lo cortó poco más tarde.

—Continúe, Nolan, le escucho.

—No era su hermana por supuesto, sino usted, la que alquiló varias veces allí una cabaña para pasar unas horas o una noche, Laura. Usted y *míster* St. James.

—El no mató a mi hermana.

—¿Cómo está tan segura de eso? El también salía con Jane, y usted lo sabe. De modo, que si no fue St. James, tuvo que hacerlo usted.

Se volvió en redondo, llevando el rostro tenso.

—¿Está usted seguro?

—No, aún no, pero todo lo hace presumir así. Usted... es la amante de St. James... y de pronto se entera que su hermana va a tener un hijo, precisamente del hombre que usted ama. Incluso su

madre, *mistress* Blint, me dijo que su hija Laura estaba enamorada, que amaba al hombre que amaba a su otra hermana. ¿Puede contestarme a eso?

No dudó en dar la respuesta.

—Por supuesto que puedo, *fisgón* —y había un infinito rencor en su voz—. Siéntese y se lo diré.

Obedecí en silencio, y ella ocupó otro de los sillones.

—Es cierto... en algunas cosas, pero no en todas, Nolan. St. James y yo tenemos relaciones íntimas. Las hemos tenido durante mucho tiempo... y ahora vamos a casarnos, a pesar de la aberración de mi madre en el sentido de que no lo haga. ¿Que salía con Jane...? Por supuesto que sí. Jane era... lo que usted ya sabe. Le perseguía, le ha perseguido siempre, pero entre ella y... y... no hay nada. Nada, ¿entiende, Dick Nolan? Absolutamente nada... En eso, él jamás me engañaría.

Calló, mirándome a los ojos, tratando en vano de sorprender en mi rostro algo que le dijera lo que yo estaba pensando.

—Prosiga, querida —fue lo que dije al cabo de unos segundos de silencio—. Creo que queda algo más por decir. ¿Me equivoco?

—No; tiene usted razón —hizo un gesto, como aquel que se traga algo amargo y en contra de su voluntad, y añadió—: «La noche antes, y me refiero al asesinato de mi hermana, pesquisa inteligente, St. James y yo salimos juntos. Anduvimos de un lado para otro, tomando unas copas en varios clubs nocturnos, bailando en otros, y al filo de las cuatro de la madrugada nos fuimos a su apartamento. Mi amante o mi prometido, según prefiera usted, tiene su apartamento en el 899 de Walmunt Street, piso octavo, letra K. Puede comprobarlo si lo desea».

—¿Algo más? Eso no me dice...

—Sé que no se lo dice a usted —me interrumpió, violentamente esta vez—. Sé que no, y por eso se lo voy a decir yo. St. James y yo permanecemos en su apartamento hasta el mediodía del siguiente. O sea, que cuando asesinaron a Jane, ambos estábamos juntos. Es toda la verdad, y estoy dispuesta a jurarlo, si lo desea, si me obligan a ello, delante de cualquier tribunal.

—Me temo, *miss* Blint, que su declaración, en este caso, sirva muy poco delante del Gran Jurado, como tampoco serviría ahora delante de la policía ni frente al Fiscal del Distrito.

—Le dije o le he dicho toda la verdad, Nolan —su voz era cansada—. Ahora todo depende de usted, de lo que haga usted.

—¿Y qué espera de mí?

—Nada. Hablando con entera franqueza, nada —señaló hacia una de las puertas que había frente a nosotros, al lado opuesto al lugar donde nos encontrábamos y prosiguió—: Voy a sentarme allí dentro, a esperar... su decisión... que sabré por un conducto u otro. Y ahora, si no le molesta, quisiera quedarme sola.

Esperaba que llamaría a la doncella, pero no lo hizo, sino que me precedió hasta el porche y quedó allí, sobre uno de los escalones de mármol, a mi espalda...

Y cuando arranqué, Laura Blint todavía permanecía allí, con los ojos fijos en el «Cadillac» que me alejaba de ella hasta dentro de unas horas, o hasta siempre.

Vi una cabina telefónica un poco más tarde y detuve el coche luego de acercarlo al bordillo de la acera.

Entré, y llamé a Stella, después de consultar el reloj.

—¿Agencia de...?

—Soy Nolan, pequeña —la interrumpí—. ¿Alguna llamada?

—El teniente Merriman estuvo aquí, sabueso —respondió ella.

—¿Qué quería?

—Hablar con usted. Dijo que... le telefonara al precinto tan pronto como pudiera.

—¿Alguna otra cosa?

—También llamó su esposa.

—¿Y...?

—Quería saber si tardaría mucho en regresar a su apartamento... aunque no creo que fuera eso lo que deseaba preguntarle a usted.

—La llamaré ahora, Stella, y gracias.

Nos despedimos, y llamé a Merriman.

Se puso de inmediato, y sus primeras palabras fueron las siguientes:

—Identificamos a ese tipo, Dick.

—¿Quién era? —pregunté.

—Un tal Bill

O'Connors.

Trabajaba como encargado de las basuras en un motel de la 18. En

el Marcus. Mis hombres han ido allí ahora.

—¿Sí...? ¿Y para qué?

—Ese tipo tenía información que trató de pasarte a ti, y le volaron los sesos. Apuesto a que en ese motel vio a la pequeña Jane Blint, en compañía de alguien... y ese alguien es quien la mató.

—No estoy yo tan seguro de eso.

—¿De qué, de que la matara el acompañante de la Blint, de la menor de las Blint, de que la pequeña Blint pasara allí la noche con algún conocido?

—Me estoy refiriendo al primero de tus puntos, sabueso.

Su voz tomó una extraña nota de sospecha cuando preguntó:

—¿Qué sabes tú, que yo no sepa, Dick? ¿Me lo quieres decir?

Me sentí cargado de burlón veneno al responder.

—Ariadna o Ariana, querido sabueso. Simplemente Ariadna y su laberinto... con su correspondiente madeja... aunque me temo que será a la inversa. Sí, todo a la inversa...

—¿Pero qué... rayos coronados estás...?

—Pensaba en la Mitología, teniente.

Al otro lado de la línea, Merriman soltó una tenue maldición.

—Me temo —dijo con voz suave—, que con Mitología o sin ella, Dick, vas a meterte en un lío. ¿Qué hay de esa Ariadna?

—Tenía un laberinto —dije, cada vez más mordaz, más venenoso también—. Es decir, ella no era la dueña del laberinto, sino su padre, un rey de tiempos remotos llamado Minos... y un amante. Dicen que éste, al igual que nosotros, se metió en el laberinto y...

—Ella le dio el hilo para que guiándose por él...

—¡Exacto, teniente! —respondí cada vez más burlón—. El amigo Teseo se salió con la suya... hasta ahora. Y esta vez no me estoy refiriendo a Mitología alguna.

—¿Quién es pues Teseo según tú, Dick? —preguntó—. ¿Y Ariadna?

—No lo sé.

—¡Escucha, Dick...!

—¡Espera! —le interrumpí—. Tengo sí, un par de ideas, que voy a poner en práctica. Si el juego sale bien, creo... que tendremos al hombre o a la mujer que mató a Jane Blint.

—¿Qué ideas son esas?

—Te lo diré más tarde; luego de que las haya puesto en práctica.

—Me lo vas a decir ahora, muchacho. ¿De quién sospechas? ¿De los Templers o del matrimonio Blummer?

Pensé en la cita que me había dado Nora, en las palabras que por orden suya me transmitió Stella y respondí:

—Por el momento de ninguno de los dos matrimonios, teniente. Es sólo una o dos ideas, como ya te dije.

Las ocho y cuarenta y cinco de la noche.

Aún había tiempo.

Regresé al coche y empecé a conducir hacia el domicilio de los Blummer, sabiendo que Nora no se encontraba allí; o por lo menos, sospechándolo.

Pensaba, analizándolas, desmenuzándolas en el interior de mi mente, en todas las palabras pronunciadas por Sherry la noche en que se lo expliqué todo; la noche en que a su modo, me explicó a su vez una historia o una leyenda mitológica... y creía saber hacia dónde apuntaban las sospechas de mi mujer, aunque ella no me lo dijo, aunque no logré sacarle una sola palabra del cuerpo, al respecto.

No obstante, en su historia, en el modo de explicarse, había algo que no comprendía, que estaba allí, en el interior de mi cerebro, pero que no llegaba a cristalizar del todo.

Todavía continuaba pensando en todo aquello cuando detuve el «Cadillac» frente a la puerta del edificio de apartamentos donde los Blummer tenían el suyo.

Llamé sin una sola vacilación, y esperé, tal vez un tanto impaciente sin saber a qué atribuirlo; tal vez un tanto nervioso también.

Finalmente oí el ruido de la llave en la cerradura, y un par de segundos más tarde la puerta se abrió y Blummer en persona quedó enmarcado en el umbral.

—Buenas noches, Nolan —saludó sin sorpresa alguna en la voz—. No es buena hora para recibir a nadie, pero por una vez... Bueno, no se quede ahí y entre, por favor.

Lo hice, cerró Blummer a nuestra espalda y le seguí hasta el *living* donde me ofreció uno de los sillones.

Una vez que me hube sentado preguntó:

—¿Desea tomar algo?

Negué en redondo.

—Nada, gracias.

—Correcto, Nolan; ¿puede decirme ahora qué le trae por aquí?

—Usted... —vacilé unos segundos y añadí—: Es decir, quiero hacerle unas simples preguntas, una o dos.

—No creo que...

—¿Recibió usted algún citatorio para la encuesta de mañana, míster Blummer?

—Sí, claro —dijo con una leve vacilación en la voz—. Y confieso que estoy un tanto nervioso.

—¿Recibió su esposa otro citatorio? —pregunté.

—No lo sé.

Sin querer aún decir lo que pensaba, repliqué:

—¿Cómo es que no lo sabe? ¿Acaso *mistress* Blummer no se encuentra aquí?

—No, en este momento no —de nuevo surgió la duda en él, mientras me observaba atentamente, quizá preguntándose qué era o qué no era lo que yo sabía o dejaba de saber. Tuvo que llegar a una conclusión ya que añadió—: Desde ayer al mediodía no la he visto.

—¿Y esto no le sorprende?

—No; en realidad no mucho. Nora tiene plena libertad para hacer y deshacer a su antojo, exactamente lo mismo que yo. Hace mucho tiempo, Nolan, que entre ambos llegamos a ese acuerdo. ¿Alguna otra cosa?

—No, y gracias —dije poniéndome en pie.

—¡Espere!

—¿Si...?

—Dígame, Nolan, ¿de quién sospecha usted?

—¿De verdad quiere saberlo?

—Sí, claro que sí.

—De usted en primer lugar —respondí fríamente—. Jane Blint sostenía relaciones con usted, como también podía sostenerlas con míster Templer. Incluso las tenía con St. James —afirmé a pesar de lo que me dijera Laura—. Ella vino a verle, le pidió que... Pongamos que le dijo lo del niño, que amenazó con dar el escándalo si no se divorciaba usted de *mistress* Blummer, y para silenciarla, la liquidó en el semáforo de Pine y Twelfth Street.

—Eso sólo son suposiciones, Nolan.

Estaba frente a mí al pronunciar aquella frase.

CAPÍTULO XII

—Que para mí significan certezas. Dígame, míster Blummer, antes de mañana en que tengo que declarar en la encuesta —mentí ahora —, ¿cuándo vio por última vez a Jane Blint?

—Hace meses que no frecuenta esta casa...

—No me refiero a las visitas que aquí podía hacer, y usted lo sabe. ¿Cuándo?

Frunció el ceño, y su vacilación se hizo bien patente para mí.

—¿Qué trata de hacer conmigo, Nolan? —inquirió bruscamente —. ¿Cargarme con ese asesinato?

—¿Y no fue usted quien la mató, míster Blummer?

Su rostro no se alteró ante la directa acusación, o ante lo indirecto de la pregunta; frío por lo tanto, impasible, como hombre que no teme nada o, también como hombre al que ya le importa poco lo que pueda ocurrirle, puesto pues en esa postura, en una de esas dos posturas, respondió:

—No, desde luego no fui yo. Eso por descontado, pero no puedo probarlo en modo alguno. Y es por eso por lo que estoy, aunque no lo aparento, completamente asustado, Nolan. Por primera vez en mi vida, y estuve en Guadalcanal cuando la II Guerra Mundial, tengo miedo.

—¿Y... cuál es la causa de su miedo? —indagué.

Sé que le costó un inmenso trabajo hacerlo, pero sonrió. Logró sonreír al responder a mi pregunta:

—Olvídelo, Nolan. Y ahora, si no le molesta, quiero quedarme solo.

Coincidencia o lo que fuese, lo cierto es que Blummer, marido de Nora, pronunciaba casi idénticas palabras de despedida que las que pronunciara Laura Blint, hacía escasamente unas tres o cuatro

horas.

Dos o tres minutos más tarde encendí un cigarrillo en el interior de mi coche, segundos antes de poner su motor en marcha.

Fumé otros tantos sin hacer nada, sin moverme, pensando, meditando una vez más en el «llamado hilo de Ariadna» y en Sherry; luchando conmigo mismo entre llamarla o no, hasta que, optando por lo segundo, arranqué de allí, buscando ahora un *snack-bar*, y preguntándome in mente cuánto hacía que no tomaba una comida en condiciones. La noche anterior tuve la oportunidad de hacerlo, en compañía de la propia Sherry, pero no hubo lugar para tanto.

Entré, pedí lo que deseaba en la barra y fui luego a una de las cabinas telefónicas.

Disqué, sabiendo ahora, o creyendo saber, qué fue lo que quiso decirme Sherry con su cuento mitológico; lo que quiso decirme respecto al Minotauro y a Teseo. O por lo menos, en aquel momento, yo lo creía así.

—Departamento de Homicidios... ¿Dígame?

—Soy Nolan —dije—. Dick Nolan. ¿Está el teniente Merriman?

—Espere un momento que miraré si se encuentra en su despacho.

Lo hice, pero el policía no estaba allí.

Miré la esfera luminosa de mi reloj cuando abandoné la cabina y fui a la barra en busca del consabido bocadillo de jamón con la no menos consabida lata de cerveza, que consumí rápidamente.

Una vez más conduciendo por las calles de Filadelfia, buscando ahora la salida de la ciudad. Desde el coche traté de ponerme de nuevo en contacto con el teniente Merriman, pero ni había vuelto al precinto, ni allí sabían noticias suyas ni tampoco en su casa, cuyo teléfono particular también tenía yo.

Seguí pues mi camino a través de la noche, sabiendo ya que debía hacerlo todo yo solo.

Sabiendo, asimismo, que no me equivocaba, que no había error posible, que Sherry llegó a la misma conclusión que llegaba yo ahora, con un día de antelación. Comprendiendo también por qué ella no me había dicho nada... y por contraste me lo dijo todo, y con más claridad que cualquiera pudiera imaginarse.

Con una claridad que ahora, me asombraba, al mismo tiempo

que me sorprendía por no haberlo yo sospechado de antemano.

Detuve el coche, cerré las portezuelas y caminé lentamente hacia el bar del motel. Miré a través de los cristales de la puerta. En la barra había unos cuantos jóvenes, de ambos sexos, que bebían entre risas, bromas, y chistes.

Las mesas en solitario.

Fuera, en la playa del aparcamiento, varios coches, pero ninguno correspondía al que yo buscaba, al que yo había esperado encontrar allí.

Entré tras dudarle unos segundos. La persona que buscaba podía o no estar en uno de los reservados, o en el lavabo. En cualquier parte dentro del bar.

Pedí un *whisky* y me dispuse a esperar.

Tardé en consumirlo unos veinte minutos y sólo entonces abandoné la barra y el establecimiento, después de abonar la consumición, y salí fuera.

Encendí un cigarrillo mientras miles de escenas del pasado cruzaban por mi mente; escenas que ahora deseaba olvidar. Precisamente ahora, en aquel momento, en aquel instante, quería hacerlo, pero no podía.

Y el teniente Merriman; en aquel momento, también en aquel momento, me hubiera hecho falta. Y también en aquel momento, siempre en aquel instante, deseé como nunca lo que antaño, lo que meses atrás, deseara Sherry; cambiar de profesión, pero ya era demasiado tarde para todo, para hacerlo.

Fumé casi con fruición, más que con fruición con rabia, con rabioso nerviosismo, hasta que de un modo repentino lancé el cigarrillo al suelo, que aplasté a continuación con el tacón del zapato.

Sólo entonces empecé a andar.

Crucé por el enarenado camino, subí luego a la acera y caminé sin apresurarme en dirección a la cabaña que se me mostraba ante los ojos sombría, a oscuras, y me pregunté si no estaba equivocado, si en las palabras que pronunciara Stella no había un error.

Si era así, ¿dónde estaba la equivocación? O tal vez, en vez de encontrarme allí, ¿es que debí ir antes al Marcus?

Miré ahora la puerta, casi al alcance de mi mano, me acerqué más, y la tanteé. Estaba sencillamente entornada. Hice ademán de

empujarla y entonces oí sus pasos a mi espalda, su grácil taconeo, cerca, muy cerca, y me volví sabiendo ya que no había cometido error alguno, que ella estaba allí, esperando.

—Buenas noches, Dick —dijo suavemente—; ¿entramos?

Llevaba en la mano, casi disimulada por el bolso de rafia, una pequeña automática del 6'

35 mm.,

muy poca cosa a una distancia mediana, pero eficaz, mortífera a bocajarro.

Me volví en redondo hacia la puerta, notando su enguantada mano en mi brazo.

—El interruptor de la luz está junto al marco de la puerta, a tu derecha. Enciéndelas, ¿quieres?, pero con cuidado.

Obedecí, notando la leve presión de la automática en mi costado, y llevándola a mi lado entramos, y ella encajó el pestillo de la puerta cerrando a nuestra espalda.

Miré a mi alrededor; todo estaba exactamente igual que aquella noche. Incluso la cama que habíamos compartido Nora Blummer y yo durante unas horas.

—Siéntese, Nolan —dijo.

Tomé asiento en uno de los sillones y la miré.

Ariadna... o en aquel caso Teseo con figura de mujer, se mantenía en pie frente a mí, con el bolso sujeto por la correa para colgárselo al hombro, caído a lo largo de su esbelta pierna izquierda, en tanto que con la derecha empuñaba la pequeña automática.

—¿Vino solo, Nolan? —preguntó.

Sonreí.

—Sí, así es —dije.

Me devolvió la sonrisa.

—Esa confianza le ha perdido y lo siento.

—Va a matarme, ¿verdad? —inquirí.

—¿Qué debo hacer, Nolan? Indíquemelo, ¿quiere? ¿Qué puedo hacer sino... continuar eliminando estorbos? ¿Qué otra cosa...?

—Entregarse a la policía —respondí—. Es un atenuante... y las relaciones que su marido sostenía con Jane Blint, otro. No irá a la cámara de gas. De eso puede estar segura.

—Sí, lo sé. O por lo menos es lo que supongo..., pero en el mejor

de los casos, Nolan... me caerán tantos años de cárcel que cuando salga de allí, si es que no muero antes, no me reconocerá ni mi propia madre.

—Puede que lleve razón, querida —repliqué, pensando en Sherry, en que todo había ocurrido como ambos pensáramos, como ella pensara antes que yo, pero con un error muy grande, un error respecto a la identidad del asesino, porque la mujer que yo creía que me estaría esperando en el motel, no era Nora Blummer ni mucho menos—. ¡Sé que la lleva, pero con mi muerte no adelantará *nada*! La detendrán más tarde o más temprano.

—Es un riesgo que debo correr, Nolan. Y ante la alternativa de entregarme ahora mismo, sin nada a cambio, prefiero que... que... prefiero mi libertad, aunque sea momentánea. Por el momento, Nolan, tampoco nadie sabe que estoy aquí, en este motel, y mucho menos en su compañía. Lástima que esto no ocurriese antes, y en otras circunstancias.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio antes de preguntar:

—¿Por qué mató a Jane?

—¿No lo sabe usted?

—Sí, aunque no con seguridad. ¿Por qué?

—Ella... salía bastante con mi marido... lo mismo que con ese... ese St. James... y con... con todos los hombres de nuestro círculo, ¿comprende, sabueso?

—Sí, es así —dije—. ¿Y qué más?

—Dos días antes... Jane se presentó en mi casa. Una de mis doncellas la recibió, preguntando por mi marido. Yo... la vi a través de una ventana, por una casualidad, y le dije a la doncella que no deseaba recibirla. Sabía que tonteaba con mi marido, no me gustaba el hecho pero por el momento no podía hacer nada más que lo que estaba haciendo; negarme con cortesía a recibirla en mi casa. Por tanto dije a la doncella que si preguntaba por mí le dijera que había salido, que no me encontraba en casa, pero Jane no preguntaba por mí, por supuesto. La doncella la llevó a... al despacho... y ocurrió todo lo demás.

—Usted... escuchó la conversación.

—Sí, así es... Jane iba a tener un niño y... el resto puede presumirlo usted, Nolan. Luego... la seguí más tarde y en aquel semáforo encontré la ocasión. Todo estaba a mi favor, los coches

yendo de un lado para otro, el ruido de los motores, de vez en cuando el silbato de un policía... Más tarde arrojé la automática a uno de los desagües de la ciudad... y eso fue todo.

—¿Todo...? —indagué—. Todo no, aún queda la muerte o el asesinato de ese...

—Me vio cuando rondaba el motel —hizo una ligera pausa y prosiguió deprisa, como si verdaderamente sintiera interés por terminar pronto con todo aquello—: Le dio una cita a mi marido y él... él acudió... y ese basurero o como quiera llamarle, me vio rondando el motel. Puede que no supiera nada, puede que sí, y le estuve vigilando durante unas horas después de la muerte de Jane... y cuando le vi hablar con usted... creo que... que era lo único que cabía hacer.

—¿Va a entregarse?

Mistress Nelly Templer hizo una mueca.

—¿Lo haría usted en mi caso, Nolan? —preguntó a su vez.

Y empezó a retroceder hacia la puerta; alcanzó el centro del dormitorio y susurró:

—No sé por qué, querido, pero lo que voy a hacer será algo que me dolerá toda la vida, toda...

—Un momento aún, *mistress* Templer —dije.

—¿Sí...? —dijo ella elevando de modo casi imperceptible una de sus cejas.

—¿Por qué vino hoy a mi despacho diciendo...?

—Sé lo que dije a usted, sabueso —me interrumpió—. Y era verdad. Tengo un citatorio como usted mismo vio, para dentro de unas horas, y esa encuesta me daba miedo, estando usted vivo. Fui... a hacer antes lo que voy a hacerle ahora. No sabía que tuviese una secretaria y su presencia allí, cuando me abrió la puerta, me desconcertó. A pesar del hecho supe que debía quedarme, que debía hablar con usted, o esa muchacha hubiera sospechado algo inusitado en mi actitud, y se lo hubiese dicho a usted. Nunca, Nolan, debió meterse en un asunto al que nadie le llamó a intervenir.

Dio otro paso atrás, la puerta de la cabaña se abrió, y oí la voz del teniente Merriman.

—Ya está bien, *mistress* Templer. Vamos, suelte esa automática.

No esperaba que lo hiciera, pero me equivoqué con ella. No se

volvió, no efectuó otro movimiento que el de abrir los dedos y el arma se escapó de su mano y cayó al suelo, junto a sus pies.

—Apártese de ahí, ¿quiere?

Nelly lo hizo, ahora con una sonrisa cansada, y los ojos fijos en los cinco policías de uniforme que Merriman traía.

—Llévósla —dijo.

Uno de ellos fue a sujetarla por un brazo y entonces Nelly habló, dando un paso atrás.

—No es necesario, polizonte —dijo—, iré yo sola.

Salió delante de ellos, erguida la cabeza, con un aire de desafío en toda su persona que me impresionó.

El hilo de mis pensamientos lo rompió el teniente con una pregunta:

—¿Sabías que era ella?

—No... si te refieres a cuando estuvimos hablando por teléfono —respondí—. Hasta aquel momento, hasta el instante en que me acerqué a la cabaña donde nos encontramos, estaba seguro de que se trataba de *mistress* Nora Blummer.

—¿Por qué *mistress* Blummer, Dick? —se interesó.

—Eso es algo que no voy a decirte, teniente.

No, no lo hice, no debía hacerlo. Estaba seguro, de que Nelly, para saber el nombre del motel en que pasara la noche con Nora, para saber incluso el número de la cabaña, tenía que haberme seguido o hecho seguir por alguna persona, por alguien a quien pagó. No me lo había dicho ciertamente, pero otra explicación no era posible, como tampoco lo era de que me lo explicara en el caso de que le hubiese preguntado al respecto.

No, no se lo dije al teniente, como ya he dicho, por lo que pregunté, parte por curiosidad y parte también por mi deseo de cambiar de conversación.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Me puse en comunicación con tu mujer, y ella me explicó algo de un cuarteto mitológico, con su laberinto, el Minotauro y el rey Minos. Sólo que aunque te parezca extraño, ella también confundió la identidad de Teseo, en este caso Ariadna.

—Lo que no me explico el por qué viniste aquí directamente.

—Si usas la cabeza encontrarás rápidamente la respuesta —me contestó—. Mis hombres estuvieron siguiendo los pasos de Pool, de

motel en motel... y también vinieron aquí. Tu nombre está en el libro registro... y el de la dama... que supongo es falso, ¿no?

—Sí, así... nombre que no voy a darte. Por lo menos el verdadero.

—Tampoco voy a pedirte eso, pesquisa, ya que ella no es la asesina en este caso.

Sonreí, sabiendo que Merriman tenía la plena certeza, por las palabras que le dijera Sherry, que Nora Blummer fue la mujer que estuvo aquella noche conmigo en aquella cabaña donde nos encontrábamos ahora.

* * *

Clareaba el nuevo día cuando alcancé mi apartamento. Apenas abrir la puerta, noté el fuerte aroma del café, y pensé que tal vez Sherry no se había acostado en toda la noche, o que acababa de levantarse.

Era lo segundo; todavía estaba en combinación, sonriéndome desde el otro lado de la cocina, donde la encontré.

—Hola, Dick —susurró ofreciéndome los labios que besé suavemente—. Llegas a tiempo para tomar el desayuno.

—¿Cómo diablos te has levantado tan temprano? —pregunté.

—¡Oh! Lo cierto es que no me encontraba muy bien, ¿sabes? El niño... empieza a molestar —sonrió, cambiando bruscamente de conversación—. Ya terminó todo, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Quién era? ¿Nora Blummer?

—No. Estabas en lo cierto al sospechar cómo ocurrieron las cosas, ¿pero ambos nos equivocamos de Teseo femenino?

—¿Y...?

—Lo hizo Nelly Templer.

Sherry guardó silencio hasta que sirvió el café con leche. Entonces susurró:

—No obstante, estaba en lo cierto como dices. En este caso, no fue Teseo quien mató al Minotauro de la leyenda, sino la propia Ariadna... y el Minotauro, como te dije, era la propia Jane Blint... Y respecto a todo esto, vuelvo a cambiar los factores... o mejor dicho, no es necesario hacerlo. *Mistress* Blummer, como te dije, conoce a

los Blint, sabe de ellos, como también endiabladamente las sabe del matrimonio Templer, casi tanto como del suyo propio. Habló contigo y la palabra «laberinto», en tus labios, le dio la idea de burlarse un poco de ti. Ella... era, quizá, la verdadera Ariadna, la que posiblemente tenía el hilo que podría servirte a ti para salir de todo este embrollo, de todo este laberinto, y no te lo dio, parte por burlarse un poco de ti, como te digo, y parte, asimismo, porque forzosamente tenía que saber qué clase de relaciones unían a Jane Blint con mister Templer. No olvides que se conocían todos... y que al mismo tiempo, esas gentes, ese mundo social elevado al que pertenecen, está podrido, y que a ellos no les gusta que nadie descubra su podredumbre. Te dio la pista, un hilo leve... pero dirigido a ella misma, sabiendo que tú, por ese camino, no adelantarías nada. Ariadna no trataba, como la de Teseo, de facilitarte la salida del laberinto, sino de hundirte más en él, comprendes, ¿verdad? Era... un afán de burla, repito, de juego burlón hacia ti, una forma tal vez, de matar su tedio... y que no conducía a nada práctico en realidad.

Tomé un sorbo de café con leche cuando ella terminó de hablar, y luego pregunté:

—¿Qué crees que le ocurrirá a Nelly? ¿La acusarán de asesinato en primer grado?

Me miró arqueando levemente una ceja.

—Supongo que no, Dirk. Hay... hay muchas y variadas circunstancias en este asesinato... pero también está el de ese basurero del motel... el hijo que Jane Blint iba a tener —me miró pensativa y añadió—: Sí, tal vez la condenen a muerte... pensándolo bien. Pero ¡Dick! ¿Por qué no dejamos esta conversación y hablamos de nosotros dos, querido?

Como siempre, y una vez más, *mistress* Nolan, mi esposa, tenía razón.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.